

BOLETIN DE PASTORAL

Revista Diocesana Mensual



San Juan de los Lagos, Jal.

Agosto de 2010

Nº 337



«La Misión sólo será posible con la participación de los laicos»



SUMARIO

Presentación 1

NUESTRA VIDA DIOCESANA:

Acta de la reunión del Consejo diocesano de Pastoral 2

Informe de las comisiones 4

CONMEMORANDO EL BICENTENARIO:

«Conmemorar nuestra historia desde la fe,
para comprometernos hoy» 8

TEMAS PASTORALES SOBRE EL LAICADO:

Breve Historia de un cristiano «Light» 13

Laicidad y Laicismo 16

La espiritualidad laical 18

Los laicos y la cultura 23

Los laicos y la política 26

Primordial vocación de los laicos a la comunión 29

Los fieles laicos mirando al futuro 32

Acompañamiento del asesor eclesiástico
a los organismos eclesiales de laicos 34

En busca de los católicos alejados 35

Consejos para salir a Evangelizar a los alejados 39

Diálogo y proceso de ayuda 40

Misiones populares en barriadas asediadas por sectas 44

Centro Diocesano de Pastoral

Morelos 34. A. P. 21

Tel. (395) 785-0020 Fax. (395) 785-0171

Correo-E: cpastoral@gmail.com

Messenger: cpastoral@hotmail.com

47000 San Juan de los Lagos, Jal.

Responsables:

Vicaría de Pastoral y Comisión de Laicos

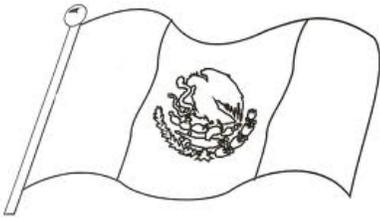
Diócesis de San Juan de los Lagos.

Presentación

Agosto deriva del latín «**augustus**», en honor al emperador Augusto Octavio. Era el mes sexto (Sextilis), pero en el año 24 antes de nuestra era decidió darle su nombre, imitando a Julio César quien, 21 antes, había cambiado Quinctilis por Iulius en homenaje a su familia. Pero, como Iulius tenía 31 días y Augustus sólo 29, alteró la duración de varios meses, hasta lograr que tuviera 31 días. Conmemora su victoria sobre Cleopatra y Marco Antonio.

En un clima de violencia más encarnizada, que ha llegado hasta nuestras tierras, nos acercamos a la conmemoración del Centenario y Bicentenario. Cuando humanamente no se

ve solución pronta a la situación de inseguridad, los creyentes tenemos el arma de la oración. La conversión, renovación y reconciliación de las personas es lo único que puede superar esta situación a que nos han llevado tantos pecados sociales tolerados.



Los Obispos, en su Exhortación «Que en Cristo nuestra paz México tenga vida digna» dice: «La paz es un don de Dios que debemos compartir con los demás. Construir la paz exige el respeto de la dignidad de todas las personas y de los pueblos y el esfuerzo de vivir la fraternidad. La responsabilidad de proteger los derechos humanos y de asegurar condiciones para que todos puedan cumplir con sus respectivos deberes, recae principalmente sobre el Estado. Sin embargo, los derechos humanos han de ser respetados en las relaciones de todos con todos, como expresión de justicia y de fraternidad, y no simplemente porque pueden hacerse respetar mediante la buena voluntad de las autoridades» (n. 219).

Se agrava con el enfrentamiento entre Ebrard y Sandoval, símbolo de la lucha de opiniones entre un laicismo mal entendido y la libertad de opinión de los ministros de culto, aunque está de por medio la Suprema Corte de Justicia de la Nación.

Es deber y obligación de los pastores guiar las conciencias de los miembros de sus comunidades. Un Estado laico debe respetar las distintas opiniones y sus manifestaciones públicas, porque son la adecuada guía para sostener la relación entre la creatura y Dios. En la revisión y análisis de toda iniciativa de ley relacionada **con la vida humana, la moral y la bioética**, deben ser escuchadas las opiniones de los diversos credos y religiones.

El foro internacional de la Juventud organizado por la ONU en León, en el cual no permitieron participar a los únicos 5 católicos representantes de sus Estados, expresa la línea impuesta a nivel internacional con relación a las leyes civiles que regulen el comportamiento humano, sin ética ni principios. Esto nos exige mejorar nuestra pastoral familiar y juvenil, y crear mecanismos de atención a los crecientes afectados por estas decisiones, en el campo físico y de salud.



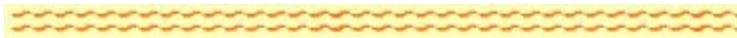
El Consejo diocesano de pastoral, del 23 al 27, hizo su reunión anual de programación del año, contando un día con la participación de todos los responsables de las Vocalías que atienden las distintas dimensiones que corresponden a cada Comisión. Trata de concretar la segunda fase de la Misión continental, orientada a los alejados.

Pedimos al Señor de la historia que nos de luz y fuerza para discernir y seguir los caminos por los cuales desea conducirnos a lo largo de este año pastoral que comienza.

Nuestra Vida Diocesana

REUNIÓN DEL CONSEJO DIOCESANO DE PASTORAL (CDP)

Fernando Varela Gamíño. Pbro.



Casa Diocesana de Pastoral Juan Pablo II, en San Juan de los Lagos, Jalisco. Reunión realizada los días: Lunes 23 al viernes 27 de agosto del año 2010.

Participaron 50 personas en general los cinco días (decanos, coordinadores de cada comisión y secretarios). El martes 24 hicieron presencia cerca de 60 personas, más representando a las vocalías de cada comisión diocesana. Durante los cinco días estuvo presente nuestro Señor Obispo Dn. Felipe Salazar Villagrana.

La **mística** de la reunión está en Aparecida número 367: «La conversión pastoral requiere que las comunidades eclesiales sean comunidades de discípulos misioneros en torno a Jesucristo, Maestro y Pastor. De allí nace la actitud de apertura, de diálogo y disponibilidad para promover la corresponsabilidad y participación efectiva de todos los fieles en la vida de las comunidades cristianas. Hoy más que nunca el testimonio de la comunión eclesial y la santidad son una urgencia pastoral. La programación pastoral ha de inspirarse en el mandamiento nuevo del amor (Juan 13,35)».

Objetivo: «Orientar nuestras programaciones pastorales 2010-2011 a la luz de la XVII Asamblea diocesana de pastoral y la Mística de la Misión y el Testimonio, para una movilización misionera que alcance a los alejados y excluidos, intensificando el proceso pastoral del IV Plan diocesano de pastoral».

1) Lunes 23:

Comenzamos con la entrega del material de toda la semana, teniendo como marco de apertura la oración inicial y la ubicación de los cinco días de labores. Se presentaron los nuevos integrantes del Consejo.

Nuestro Señor Obispo presentó su «MENSAJE AL CONSEJO DIOCESANO DE PASTORAL como un Pre-proyecto» de las Visitas Pastorales: su

objetivo, encuentros pastorales, encomiendas especiales, secretarios; el antes, en y, después de la Visita, el día de la presencia del señor Obispo.

Jaime Jaramillo presentó el «*curso de acción y fechas del calendario 2010 y 2012*» para ir configurando nuestras programaciones diocesana, decanales y parroquiales.

Celebración del Bicentenario de la Independencia: al centro diocesano de pastoral, con Jaime Jaramillo, antes del 8 de septiembre, se solicite el número de ejemplares que cada comunidad y cada comisión requiere de la Carta pastoral de los Obispos «Commemorar nuestra historia desde la fe para comprometernos hoy con nuestra Patria», a fin de que se estudie, e invitar a la Misa del día 15 de septiembre, y la Semana de Oración por la Patria del 8 al 15.

Boletín de Pastoral: se llegó a los siguientes acuerdos:

Publicación mensual de carácter mixto, con las siguientes secciones:

- Editorial: según la coyuntura histórica del momento.
- Nuestra vida eclesial (informaciones de las Comisiones-Vocalías, y de los consejos-comunidades).
- Subsidiarios del mes o reflexión: (Enero: Directorio. Febrero: Ejercicios espirituales. Marzo: Campañas de cuaresma y Pascua. Abril: contenidos doctrinales de iluminación pastoral. Mayo: Semana Litúrgica. Junio: Orientación. Julio: Cursos de verano y Organismos laicales eclesiales. Agosto: resultados de Asambleas pastorales. Septiembre: Semana de la Biblia y fiestas patronales. Octubre: Semana de la Familia. Noviembre: Semanas de jóvenes y adolescentes. Diciembre: Posadas).
- Diálogo con los lectores.

Interpretación de la Encuesta: el Sr. Cura José Guadalupe Muñoz Porras y el Pbro. José Luis Aceves hicieron conciencia de la importancia que tiene la encuesta socio-pastoral y sus resultados para programar nuestras actividades pastorales en los tres niveles: diocesano, decanal y parroquial.

2) Martes 24:

Iniciamos nuestro segundo día de trabajo con la celebración Eucarística (7:30 a.m.).

A las 9:30 a.m., en el auditorio, una nutrida representación de todas las vocalías atendió la exposición sobre los Principios de la Gran Misión expuestos por el Padre Francisco Escobar Mireles.

El padre José Gpe. Muñoz Porras realizó las indicaciones metodológicas para recoger los aportes de la XVII Asamblea Diocesana de Pastoral, con su plenario, ya que la presencia de los representantes de la vocalías era precisamente para poner los programas de las comisiones en sintonía con las demandas e indicaciones de la Asamblea.

A nuestro señor Obispo, al verse tan acuerpado por el Consejo en Pleno, el Espíritu Santo le iluminó y salieron de su corazón las siguientes palabras: «Felicitó a todos los participantes que representan a las vocalías». «Hay un rostro nuevo de la Diócesis, visto en las vocalías tal y como lo pide Aparecida». «Se puede instituir su presencia en estas reuniones pastorales».

Misión con los alejados: que cada parroquia realice su *semana de animación misionera* como motivación. Los decanos proponen fechas. Hubo varias propuestas y comentarios muy valiosos de todos los participantes para la realización de esta gran semana de animación.

Para concluir la jornada, el Padre Eduardo Levy S.J., nos habló sobre los famosos: «*Encuentros con Cristo*» que inició desde el año 1963; después se presentó un libro titulado: «*Si conocieras el don de Dios... Breve explicación de la Santa Misa, según las enseñanzas del Catecismo de la Iglesia Católica y de su Compendio*» por su propio autor: Francisco de Paula Ignacio Cardona Lira; El padre Gustavo Padilla (de San Julián) nos contó la admirable experiencia de trabajo que está llevando a cabo en su parroquia con la denominada: «La avanzada», y la acción de los Servidores de la Palabra; y la Srta. Margarita, termina hablando de su expe-

riencia «Vive tu Kerigma: El joven evangeliza al joven».

3) Miércoles 25:

Iniciamos este tercer día como el anterior: nuestra Santa Misa 7:30 a.m.

Continuamos con la presentación de los resultados obtenidos en la tarde de ayer por las diferentes comisiones en su estudio sobre la realización de nuestra semana misionera.

Evaluación del programa del Consejo 2009-2010: nos felicitamos por haber cumplido casi todas las metas con sus actividades.

El Sr. Cura Ireneo Gutiérrez coordinó la **programación** para el año **2010-2011** de nuestro Consejo, donde se reacomodó el objetivo y algunas metas a seguir.

Avisos e informes por parte de todas las comisiones (40).

Vino una importante intervención del Señor Obispo:» hacer bajo control todas las visitas de la Virgen a Estados Unidos: mediante un previo contacto con el obispo y con el párroco antes de la visita de la Imagen de la Virgen y, también de cualquier imagen peregrina».

Acuerdos: Invitar a participar en la misa de la Basílica de Guadalupe el 1° de Septiembre a las personas de esta diócesis que viven en México, como representantes de nuestra iglesia particular.

Decir cuántos ejemplares quieres de la Carta Pastoral «conmemorar nuestra historia desde de la fe y comprometemos hoy con nuestra Patria» para sus consejos y comisiones y para estudiarse con políticos y gentes de cultura. Fecha límite 8 de Sept. Llamar a la oficina de pastoral en San Juan -los decanos-

El Boletín de Pastoral, a partir de enero del 2011, inicia nueva etapa, ofreciéndose por suscripción, con secciones de revista y subsidios pastorales, a cargo del Equipo Diocesano de Pastoral y se pide Motivar para valorarlo.

Dar continuidad a la Encuesta terminándola, enviando sus datos y, haciendo interpretación por sectores geográficos y humanos.

Independientemente de la visita pastoral el P. Juan Francisco Navarro puede pasar a las parroquias que soliciten para la revisión de todo lo

relacionado con lo económico y de bienes inmuebles; y el P. Pedro Vázquez para revisión de Notarías y lugares sagrados, de acuerdo a las orientaciones que ofrecerán.

Un folleto traerá todo lo relativo a la Visita Pastoral, que tendrá carácter eminentemente pastoral, sin sacramentos, ni recepciones ni festivales.

Se buscará hacer todas las actividades del año con el espíritu de salir a misiones con los alejados y, los decanos ofrecerán los subsidios para una semana de Avivamiento en la Fe que cada parroquia organiza de acuerdo a sus posibilidades.

Se procurará dar un espacio a las Vocalías en alguna otra reunión de Consejo.

La Parámetros en evaluación del año serán las pequeñas comunidades, los agentes nuevos para la vocalías, y las sub-estructuras de acercamiento a los alejados

No se dará el presupuesto si no se entrega el informe económico.

Entregar el directorio completo de la comisión, incluyendo sus vocalías.

Se dará seguimiento al directorio de sacramento.

Entregar sus actas de reuniones al centro diocesano de Pastoral.

El secretario de los mecanismos diocesanos de comunión y participación, el P. Fernando Varela, se encargará del curso de secretarías decanales.

Sobre la presencia de un religioso varón en nuestro Consejo, lo resuelve el Sr. Obispo en las respectivas instancias.

Toda las vocalías y parroquias podrán subir información a la página web de la Diócesis. Registrarse en esta semana (del 30 de agosto al 4 de septiembre).

15 de septiembre en el festejo del Bicentenario, habrá un encuentro de los presidentes Municipales y sacerdotes con la Virgen a las 10:00 a.m. en la sacristía de la Catedral Basílica y, a las 11:00 a.m. concelebración eucarística presidida por el Sr. Obispo Felipe Salazar Villagrana.

Se otorga como fecha tope para entregar los programas decanales y de comisiones el día 18 de Septiembre. Enviarlos al Centro de Pastoral para que Jaime Jaramillo los reciba y acomode al calendario diocesano.

4) Jueves 26:

Habiendo terminado todos los asuntos y sin dejar pendientes, nos levantamos alegres para participar en la Eucaristía antes de irnos al paseo, y estando bien desayunados en cuerpo y alma emprendimos a las 10:30 a.m. nuestro camino hacia las medicinales aguas del balneario ubicado en Comanjilla, a un lado de León y Silao Guanajuato.

INFORME DE LAS COMISIONES VICARÍA DE PASTORAL

ÁREA DEL TRIPLE MINISTERIO:

PASTORAL PROFÉTICA

Los temas para fiestas patronales se enviaron por correo electrónico, están en la página de la Diócesis, y saldrán en el Boletín de Pastoral de septiembre. Van por la línea de descubrir a Cristo que nos llama en los alejados y marginados.

Se enviaron por correo también 6 temas para formación de agentes, sobre todo de pastoral profética, por la línea de evangelizar a los alejados.

Se están preparando los temas de preparación para las Visitas Pastorales.

PASTORAL LITÚRGICA

Se está preparando un Misal con formularios de oraciones y Lecturas para las fiestas propias de la Diócesis, y con lecturas hagiográficas y antífonas propias para la Liturgia de las Horas, incluyendo un apéndice musical.

Se enviará para la Semana de Oración por la Patria un subsidio litúrgico, añadiendo al publicado por la Comisión episcopal algunos esquemas para Misa de la Virgen de San Juan, de los beatos y santos de la diócesis.

Se está componiendo una Misa musicalizada de la Virgen de San Juan, y se imprimirán 1000 ejemplares.

Se está trabajando el Directorio para la celebración de los sacramentos, junto con las otras Comisiones del Área.

Se lanzará en el mes de noviembre un concurso de composiciones para la celebración de nuestros santos.

El Instituto Diocesano de Liturgia, con estudios de Diplomado reconocidos por SOMELIT y la Comisión Episcopal de Pastoral Litúrgica, inicia el 1 de septiembre, todas las tardes de los miércoles, de 4 a 7 p.m., en la Casa de la Misericordia de Tepatitlán (Colón 219).

Nos iremos preparando para el V Congreso Eucarístico Nacional (Tijuana, 5-9 octubre 2011) y 50° Internacional en Irlanda del Sur (2012).

La Vocalía de Santuarios y piedad popular prepara una Guía de peregrinaciones, para uso de peregrinos en los distintos santuarios de la Diócesis, y sus celebraciones propias.

Los Centros diocesanos de formación musical litúrgica inician su curso: en San Juan el 28 de agosto en el antiguo Internado, y en Tepatitlán en el Auditorio del Espíritu Santo.

PASTORAL SOCIAL

Se pide a las parroquias enviar su 10% de la colecta de la caridad, como se había acordado, para apoyar un proyecto de atención para los sacerdotes que han dejado el ministerio. Se envía al P. Juan Casillas. Se aceptan propuestas para criterios de uso, cómo hacer rendir los recursos, etc.

El 23 de septiembre a las 11 hs. en Santa Ana de Guadalupe se realiza la reunión de la Comisión de Pastoral Social para afinar y asumir la programación.

Pastoral de Migrantes reafirma la celebración del Día del Migrante el domingo de la Sagrada Familia en diciembre, en Santa Ana de Guadalupe, teniendo como santo patrono a Santo Toribio Romo. Algunas comunidades realizan encuentros; hay organizaciones formales o informales que trabajan con ellos y mantienen relaciones con organizaciones de allá; se propone elaborar un directorio, una carta en Navidad y Pascua, etc.

Obispos de Oakland y Sacramento piden establecer criterios para sacerdotes que van a visitar migrantes, sin aviso al Obispo, sin permiso del párroco, haciendo colectas y celebrando Misas en casas.

El P. Agustín atiende el Centro de Formación Señor de la Misericordia de Tepatitlán, para la rehabilitación y superación cristiana integral de drogadictos. Hubo un encuentro con el Patronato y el Vicario General. Y el 27 de septiembre se bendecirá la Casa de la Mujer en Arandas, presidiendo el Sr. Obispo Felipe Salazar.

ÁREA DE TAREAS DIVERSIFICADAS:

PASTORAL FAMILIAR

El 11 de septiembre se realiza la reunión de la Comisión diocesana de pastoral familiar en Tepatitlán, y se entrega el material de la Semana de la Familia. Se pide motivar, reabrir los centros que se han cerrado, y tratar de llegar a las familias alejadas.

El 22 de octubre habrá reunión a nivel Provincia Eclesiástica de Guadalajara. Y del 22 al 29, encuentro nacional de Pastoral Familiar. En 2011 el III Encuentro Provincial, con sede en San Juan. Y en 2012 el Encuentro Mundial de Familias en Milán, Italia.

Del 11 al 12 de diciembre se celebrará el Congreso de la Familia «Familia, Bicentenario y Guadalupe: identidad mexicana».

El 19 de febrero de 2011: III Encuentro diocesano de equipos parroquiales de pastoral familiar.

Se elaboran subsidios para celebrar el Día de la Familia (6 de marzo), Día de la Vida (25 de marzo), Día de la madre (10 de mayo) y día del padre (19 de junio).

La reunión provincial en Aguascalientes, del 28 al 30 de julio, versó sobre las familias en situaciones irregulares y críticas.

PASTORAL DE ADOLESCENTES Y JÓVENES

El 25 de septiembre se hará la reunión de la Comisión en San Juan, para afinar y asumir el programa, y preparar las Semanas de Jóvenes y adolescentes (SEMAJ), los talleres de formación, y el diplomado.

Propuesta SEMAJ 2010: «¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?»

Tema: «¡Hey, chav@! ¿qué vas a hacer de tu metro?»

Lema:

«Chav@: tú eres parte de la solución».

Temas:

1. Los adolescentes y jóvenes a través de la historia.
2. ¡Hey tú! ¿qué es eso de la DSI?
3. La DSI ¿se unta, se come o se pone en práctica?
4. ¿Qué hacer en mi metro?
5. Hay jóvenes; lo que falta es juventud.

Propuestas para foros y encuentros interparroquiales.

Talleres (Itinerarios, espiritualidad, identificación pastoral, medios de comunicación): 3-5 diciembre en Lagos (Instituto Francisco Orozco y Jiménez); 3-5 junio en Tepatitlán (Casa de Los Charcos).

Diplomado en Pastoral Juvenil (2 años, en 4 etapas o fases): una semana en Pascua, otra en julio.

Se proyecta ofrecer un programa radiofónico por Internet de una hora semanal: www.cristoenlinea.com.

En octubre se reúne la Vocalía de Movimientos (sábado 9); y se harán reuniones de coordinadores de los movimientos (Pandillas el 2; Búsqueda el 16; Éxodo el 23).

Faltan asesores de varias Vocalías: adolescentes, movimientos, Pascuas, Búsqueda, Pandillas, Éxodo.

Se cerró la Escuela de Jornadas de Vida Cristiana en Lagos por distintos problemas, sobre todo falta de integración y coordinación en las parroquias.

Del 5 al 12 de septiembre se tendrá el III Congreso Juvenil Latinoamericano y del Caribe. Y del 16 al 21 de agosto de 2011 será la Jornada Mundial de la Juventud en Madrid, para revitalizar la pastoral juvenil (fascinar, escuchar, discernir y convertir).

PASTORAL DE LA CULTURA

Junto con Pastoral Social, ofrecerán formas de estudio de la Carta Pastoral de los Obispos con motivo del Bicentenario, ya que la Maestra Mayté participará en la presentación de la misma a los ambientes no eclesiales, en Ciudad de México el 2 de septiembre.

Se ofrece el Diplomado en Bioética, y en Tanatología.

En Tepatitlán funciona el Centro de Salud Integral dirigido por el P. Andrés Sáenz, sobre todo acentuando la salud mental; y en San Juan la Casa Fraternal del Divino Niño, dirigido por el P. Salvador Martín, acentuando la atención al mundo de la discapacidad, y se elabora proyecto para Centro de Formación especializada en el campo de la prevención y atención al mundo de la salud integral y la discapacidad física y mental.

Pastoral de Exorcismos se incorporó a Pastoral de la Salud; participaron dos personas en el Congreso Mundial de Exorcistas que se llevó a cabo en México en la semana anterior a la reunión del Consejo.

ÁREA DE AGENTES:

PASTORAL DEL CLERO

Se entregó ya el Calendario de actividades del año. El 8 de septiembre se reúnen los encargados decanales con el P. Ramón Orozco en Santa Ana. Lo harán llegar a los sacerdotes.

Reunión plenaria de sacerdotes el 13 de septiembre, en la Terraza De Anda de Tepatitlán; el P. Armando Escoto ofrecerá el contenido con motivo del Bicentenario.

Los Ejercicios Espirituales para sacerdotes se tendrán durante el mes de noviembre: la primera semana dirige el Obispo Fabio Cárdenas; la tercera (de jóvenes y peregrinación al Cubilete) y cuarta el Obispo Sergio Obeso. Anotarse en septiembre en la tanda que participarán.

El Seminario inicia su apostolado en las comunidades. Pide integrarlos en la Misión.

VIDA CONSAGRADA

Mensualmente celebran Retiro Espiritual en Tepatitlán, la Casa de la Misericordia.

ÁREA DE COMUNIÓN

La Misión con los alejados:

Originariamente se habían planeado Semanas Misioneras Parroquiales al estilo del P. Mosconi. Pero en el Equipo diocesano de pastoral, pensando que cada comunidad es diferente en sus ritmos y posibilidades, se pensó que reducir a una semana el tiempo de Misión intensiva podría ser un evento más, y quitar además la posibilidad a que todas las fuerzas vivas de la parroquia se concentren en un sector durante un determinado tiempo. Además, cada comunidad tiene ya sus propios tiempos intensivos, en torno a sus fiestas patronales, a los tiempos fuertes, y a los ritmos de trabajo.

Así que preferimos mejor hablar de «Tiempos fuertes de Misión intensiva parroquial». Las orientaciones generales se brindan desde el Consejo

diocesano de pastoral: objetivo, mística y algunas pistas de organización. Y cada Decanato ayuda a las parroquias que lo forman a concretar y aterrizar el proyecto pastoral, a lo largo del año, para apoyarse entre ellas. Cada comunidad, en un proceso de todo el año, ve cuáles tiempos son los más oportunos para cada uno de sus sectores, y cuándo puede tener un tiempo intensivo de animación a nivel parroquial. Así que se encomendó a los Decanos elaborar un proyecto para estos «Tiempos fuertes de Misión intensiva parroquial». Se han de atender las distintas dimensiones de la vida cristiana eclesial: comunión, Palabra, celebración y caridad (EN 59).

Serán parámetros para medir al final del año pastoral si se han logrado los objetivos: el funcionamiento de los sectores parroquiales como estructura eficaz de evangelización permanente; la promoción de las pequeñas comunidades eclesiales en las periferias territoriales o humanas; y el surgimiento de nuevos agentes en los barrios y rancherías.

En Abasolo, los decanos hicieron algunas propuestas. Los eventos establecidos y los tiempos fuertes de evangelización, se trata de hacerlos con la mística de la misión y encauzarlos hacia la Misión con los alejados y excluidos. Para ello propusieron:

Septiembre: Hacer la entronización de la Biblia; promover la Lectio Divina que se ofrece de la diócesis; despertar la conciencia de libertad con motivo del Bicentenario, y la salida misionera con motivo de la Semana de la Biblia en los sectores.

Octubre: Mes misionero y de la familia. Rosario (de aurora) por las calles. Celebración del DOMUND. Atención a familias en situación irregular en la Semana de la Familia.

Noviembre: «Adolescentes y jóvenes misioneros». Visita a los cementerios y novenarios de difuntos; campaña de oración por las ánimas más olvidadas. Sensibilizar sobre el centenario del cambio y la auténtica revolución de las conciencias.

Diciembre-enero: Visita a las familias; Semanas de Migrantes; explotar el temario de las fiestas patronales.

Cuaresma: Visiteo de enfermos; cercanía a los alejados en los sectores parroquiales con ocasión de los Ejercicios Espirituales; campaña de la caridad y acciones de promoción social.

Abril: «Pascua, alegría de la fe». Una Semana de animación misionera en barrios, ranchos y sectores.

Mayo: Ternura. Celebración de las madres; apoyo a las madres solteras y en riesgo. Testimonios de profesores y servidores públicos que han trabajado humana y cristianamente en las comunidades. Catequesis y evangelización.

Junio: Corazón es misericordia. Visita a enfermos, cárceles y hospitales. Promoción de la pastoral social. Organizar una «Semana de avivamiento en la fe» y una celebración a nivel ciudades para clausurar el Año del Testimonio y preparar las Asambleas Decanales de Pastoral.

Porque se requiere un tiempo intensivo, programado, que sea noticia y deje huella, en cada comunidad parroquial. Que se sienta como el tiempo más fuerte de la Misión continental en la comunidad. Un tiempo especial de oración, de escucha de las llamadas de Dios, de conversión, de perdón y reconciliación, de visitas fraternas y experiencia de Iglesia, de abrazo de Dios y de saborear la belleza del Evangelio, de solidaridad y vida compartida. Un aperitivo de relaciones fraternas y solidarias, anticipo de la Iglesia y de la sociedad que soñamos.

Una semana o un tiempo intensivo en el cual los quehaceres diarios se vivan en clima de retiro por parte de toda la comunidad (sector parroquial o parroquia entera). Hay actividades solidarias compartidas, gestos de solidaridad, conversaciones, momentos de oración, caminatas, vivencias de perdón y misericordia, celebraciones, misioneros de fuera. En un clima de fiesta, pero evitando dispersión, superficialidad y consumo.

Los Decanos ofrecerán más detalles para esta «Semana de avivamiento en la fe» en su reunión de la tercera semana de septiembre.

Peregrinaciones diocesanas:

La Peregrinación al Cubilete (miércoles 17 de noviembre) toca organizarla al Decanato de Lagos (contacto con el Santuario, hacer y distribuir el cartel, preparar la liturgia junto con la Comisión de pastoral litúrgica, y dar el donativo diocesano al Santuario de acuerdo con el Ecónomo diocesano).

La Peregrinación al Tepeyac (miércoles 18 de mayo) corresponde organizarla al Decanato de Tepa (con las mismas encomiendas).

Conmemorando el Bicentenario

«CONMEMORAR NUESTRA HISTORIA DESDE LA FE, PARA COMPROMETERNOS HOY»

Presentación de la Carta Pastoral de la CEM».

Introducción

El 1 de septiembre, en la antigua Basílica de Guadalupe del Tepeyac, se hizo la presentación de la Carta Pastoral de los Obispos a los agentes de pastoral y medios católicos de información. Estuvieron presentes 18 arzobispos, 62 obispos, y al menos tres representantes de cada diócesis (sacerdotes, consagrados y laicos), representantes de centros católicos de estudio e investigación, y de otras confesiones.

Tras la oración guadalupana que dirigió el Card. Norberto Rivera, arzobispo primado de México, Mons. Carlos Aguiar Retes, arzobispo de Tlalnepantla, Presidente de la Conferencia del Episcopado mexicano (CEM), hizo la presentación general del documento. Está muy relacionada con la Carta de febrero sobre la paz.

El propósito de la Carta Pastoral es la purificación de nuestra memoria histórica, para una reconciliación nacional y un servicio al proyecto de nación. En diálogo hemos buscado la verdad histórica objetiva, y hacemos una relectura teológica y pastoral. La fe ayuda a entendernos, y orientar el futuro del trabajo de la Iglesia, para una libertad e igualdad sostenidas.

Primera Parte: «Una mirada a la propia historia desde la fe»

Mons. Alberto Suárez, arzobispo de Morelia (quien integró la Comisión del Bicentenario con Mons. Mario de Gasperín, obispo de Querétaro, y con Mons. Víctor René Rodríguez, obispo auxiliar de Texcoco), ofreció una reseña de la parte histórica, la más amplia (51 números), leyendo extractos del documento.

Quedar al margen de esta conmemoración sería un pecado de omisión, y callar sería falta de valor o cobardía. Porque un pueblo sin memoria va perdiendo identidad y rumbo. Y porque la acción de Dios es actual. En la Pascua judía, el patriarca familiar dice: «Hoy nos sacó el Señor de la esclavitud».

La Carta Pastoral trata de rescatar la verdad objetiva de tantas sensaciones y opiniones. Primero da una mirada panorámica al movimiento de independencia; enseguida ve la participación de la Iglesia en ella; luego, una mirada a la

Revolución, y finalmente, su sentido. Y relevó 6 puntos del conjunto:

1. Es preciso asumir nuestro pasado, contextualizar y valorar a los actores.
2. Es una relectura desde la fe, como historia de salvación y continuación de la encarnación, en que el tiempo es una dimensión de Dios. No historia catastrófica, sino de salvación. Los mártires y santos son testigos y jueces.



3. No conmemoramos hechos aislados, sino procesos, aún no terminados, que tienen hondas bases bíblicas y antropológicas.
4. No están separados del acontecimiento fundante de nuestra nacionalidad, que es el Hecho Guadalupano, que crea fraternidad, sostiene en las luchas. La Guadalupana, patrona de la libertad, es la forjadora de un país independiente.
5. La difícil situación social favoreció y condicionó dichos movimientos.
6. Dios lleva, con nosotros, esa historia a su plenitud; nada se perderá de lo bueno; vivimos con esperanza.

Y explicó algunas posiciones encontradas. Los obispos de entonces se opusieron a la insurrección, y se mantenían fieles a la Corona que los había promovido. No había fundamento para acusar de herejía al movimiento. Todos los clérigos insurgentes murieron en comunión con la Iglesia y fueron sepultados en lugar sagrado.

Roma recibía una deficiente información, mediada por el patronato. Por eso Gregorio XVI proveyó de obispos y reconoció la soberanía hasta 20 años después. También la Iglesia alcanzó su libertad, pues ni el Patronato ni la Inquisición permitían a los obispos ejercer su misión.

El movimiento revolucionario inició con los movimientos sociales despertados por la doctrina social cristiana de León XIII, sobre todo los Congresos. Pero en la Constitución se impuso la facción liberal, que canceló el pasado indígena, español y católico.

Segunda parte: «Servir a la Nación, colaborando a construir un proyecto cultural desde la fe»

El Dr. en Derecho Rodrigo Guerra presentó vivazmente la segunda parte de la Carta. Se puede



resumir en lograr una síntesis entre fe y cultura: el encuentro con Cristo ha originado estilos de vida e instituciones de corte cristiano. Somos una nación de cultura cristiana. Es preciso despertar, recuperar nuestra responsabilidad histórica como cristianos, construyendo nuestra vida común.

Nuestra Nación no nació con el Estado hace 200 años. Esa síntesis de pueblos que adquieren identidad nació desde el siglo XVI. Los movimientos libertario y evolucionario no crean la nación, sino la sirven. Y nosotros hoy debemos prestar un servicio a la nación ayudándole a definir un proyecto de acuerdo a su identidad.

La libertad religiosa es un derecho humano: vivir de acuerdo a las convicciones de conciencia, sin temor a represión. El principal enemigo del Estado laico es un laicismo intolerante que margine la religión a lo privado. La Nación es el parámetro de referencia.

La fe ilumina la razón para descubrir la verdad, en un diálogo respetuoso, que acepta cuestionamiento, razona sus afirmaciones, y se deja arrobar por la verdad.

El cambio de época nos exige una nueva sensibilidad, y una nueva educación, integral, abierta a todos, en un proceso de evangelización.

El cristianismo es una propuesta de encuentro con Cristo vivo, que nos da esperanza.

Tercera parte: «Protagonistas todos, en la construcción de un futuro con esperanza»

El Dr. en Historia José Ángel Flores Ramos hizo la presentación de la III parte de la Carta. No somos espectadores, sino protagonistas. Ante tantas propuestas contradictorias, no podemos desear ninguna, sino buscar conciliarlas, unir lo que tienen de valioso en un proyecto común.

Nuestra realidad nos une. No pueden sernos indiferentes los rostros de migrantes, desempleados, niños de calle, jóvenes empleados por el crimen organizado. Es preciso crear solidaridad.

Y propone 3 prioridades: promoción de justicia y combate a la pobres; educación integral de calidad para todos, sin ataduras; y una reconciliación de las diversas facciones.

La tragedia y violencia que se vive hoy es distinta del ambiente de los acontecimientos que conmemoramos. Hoy es salvaje, inhumana, sin proyecto de futuro, que nos pone en el riesgo de perder todo lo que se ha ido construyendo en nuestra historia.

No es con enfrentamientos y violencia como se cambia la realidad, pues acarrear muerte y desilusión.

El preciso hacer propuestas viables, para una sociedad digna.

Testimonios:

Se invitó a tres personas a dar su testimonio con relación a la Carta Pastoral. Mons. Rogelio Cabrera, arzobispo de Tuxtla Gutiérrez, habló sobre todo a los Obispos para invitarlos a asumir la Carta y las exigencias de conversión que implica.

Luego, el Prof. e historiador resaltó el signo de comunión episcopal que representa, comparable a la que se dio para la defensa de los indios en la conquista, la definición de la identidad de nuestra Iglesia en el I Concilio provincial mexicano, y la animación nacional en la coronación pontificia de la Guadalupana en ese mismo lugar. El tono no académico sino exhortativo y esperanzador de la Carta. Y la tarea de los laicos de responder a la vocación histórica que tienen como cristianos.

La religiosa envió sus disculpas ante la imposibilidad de hacerse presente, y envió por escrito su testimonio, que no se leyó, sino aparecerá en las Memorias del evento.

Conclusión

Casi a las 12 hs. terminó el evento, recitando todos la oración colecta de la Misa en honor de Nuestra Señora de Guadalupe. Y de ahí se pasó a la Insigne y nacional Basílica de Guadalupe para la Concelebración.

CONCELEBRACIÓN EUCARÍSTICA CONMEMORATIVA

A las 12 del mediodía, en la insigne y nacional Basílica de Guadalupe, ante la mirada de Nuestra Señora de Guadalupe, Mons. Norberto Rivera presidió la Eucaristía, para agradecer los dones de Dios en estos 200 años de historia, pedir perdón por las faltas de los cristianos a lo largo de este tiempo, y pedir la ayuda del Señor para nuestra Patria en estos tiempos de dificultad.

Se tomó el esquema de Misa por nuestra Patria. En su providencia, Dios ha ido realizando su designio de salvación en nuestra Patria a lo largo de su historia. Es un Dios de vida, que sólo en Cristo da plenitud a todo esfuerzo encaminado al bien del pueblo santo. Se cantaron las partes invariables de la Misa «de angelis» en gregoriano.

La primera Lectura bíblica se tomó del profeta Isaías (32,15-18): «El fruto de la justicia será la paz». Respondimos cantando con el salmo 84: «Dale, Señor, la paz a tu pueblo». Hubo una segunda Lectura tomada de la Carta de Santiago (3,13-18): «Los pacíficos siembran la paz y cosechan frutos de justicia». Y el Evangelio fue de San Lucas (22,24-30), sobre el servicio a semejanza de Cristo.

Predicó la Homilía Mons. Carlos Aguiar Retes, aplicando los textos bíblicos proclamados al momento que vivimos y a los acontecimientos que celebramos.

Sólo el viento de lo alto es fuente de transformación del desierto en la plenitud del desierto, y así disponer la morada de la justicia que genera la paz y el derecho.

Para la convivencia social en la creación debemos ser conducidos por la sabiduría que viene de lo alto: pureza y transparencia de corazón, compasión y misericordia, imparcialidad y docilidad a la verdad, amor a la paz; mientras que la envidia y rivalidad, presunción y engaño, amargan el corazón, generan desorden y toda clase de maldad.

México necesita dejarse conducir por los valores de la Justicia y el derecho para alcanzar la Paz y la serenidad. «Para ello es necesario respetar el orden que ofrece la naturaleza, la base común que da la ética, la sensibilidad para cuidar la preservación de las especies, y en particular salvaguardar la del ser humano... avalar los auténticos valores que condu-

cen a la anhelada paz social, promover una educación en y para la libertad responsable, que al hacer uso de la elección, la mantenga en fidelidad, asuma su compromiso y su vinculación, construyendo así un tejido social, fuerte y dinámico, con identidad y rumbo, con horizonte amplio que mire al futuro de los próximos siglos».

Cristo, teniendo todo el derecho para estar a la mesa y ser servido, eligió estar en medio de nosotros como quien sirve. Los discípulos de Cristo, siguiendo a nuestro Maestro, estamos llamados a ejercer la autoridad como servicio. Por eso D. José María Morelos se autonombró «Siervo de la Nación».

«La conciencia de servidor en quien ejerce la autoridad propicia la corresponsabilidad de otros sectores, la participación franca y abierta para la solidaridad y ayuda ante las adversidades, y la cooperación para lograr eficacia y eficiencia en los servicios. Una experiencia de esta índole genera en el pueblo: entusiasmo, participación, responsabilidad, confianza y esperanza».

Hechos sangrientos infligieron una dura prueba a nuestros antepasados, pero la afrontaron, buscando libertad, justicia e igualdad. «Es conveniente advertir la situación actual, percibir las nuevas necesidades y potencialidades de nuestro pueblo, percatarnos de los nuevos contextos culturales y ubicarnos adecuadamente para lograr una vida digna para todos los mexicanos».

Se tomó la plegaria eucarística IV por distintas necesidades, que responde a la necesidad de comunión para la Iglesia peregrinante en este tiempo y lugar del mundo que se llama México.

La siguiente cita es en Monterrey, el 9 de septiembre, para una Concelebración de inicio del Octavario de Oración por la Patria. Y el 15 de septiembre, en la iglesia catedral de cada una de las Diócesis de México, para conmemorar este acontecimiento del movimiento libertario.

SEMANA DE ORACIÓN POR LA PATRIA

Del 8 al 15 de septiembre, se celebrará en nuestras comunidades, en consonancia con toda la nación, la Semana de Oración por la Patria.

«Confiados en el poder de la oración, los exhortamos a dar gracias a Dios por todos los beneficios

que ha recibido nuestra Patria, a pedir perdón por las infidelidades de sus miembros, a elevar oraciones por los que murieron en luchas sangrientas, así como a pedir la gracia y creatividad en la caridad necesarias para impulsar, junto con todos los mexicanos, el desarrollo para nuestro país» (Carta Pastoral n. 140).

Se sugiere que el miércoles 8 sea el día mariano de apertura, en honor de la Purísima Concepción, patrona de nuestra diócesis. Se puede tomar la misa matutina del sábado (Subsidio «Semana de Oración por la Patria» de Buena Prensa, página 8-10, con la Oración universal de la pag 13), y la Salve. Como motivación inicial sirve el n. 140 de la Carta Pastoral.

Para el jueves 9, día eucarístico, se sugiere unir las dos Horas Santas en una sola (pag 15-23).

El viernes 10, día penitencial, se puede proponer un ayuno devocional por la Patria, y realizar una Celebración comunitaria de la Penitencia, o al menos una Celebración penitencial.

El sábado 11, día votivo de Santa María de Guadalupe, se puede hacer el Rosario (pag 24), y promover la entronización en los hogares y la consagración de estos (pag 30-31). Si hay tradiciones marianas sabatinas o de los días 12, se promuevan e integren.

El domingo 12, día del Señor,

El lunes 13: día de la Iglesia en México, se propone la Misa por la Patria (pag 10) con la oración universal (pag 14), y la Vigilia de Oración (pag 5). Los sacerdotes se reúnen en Tepatitlán para una reflexión crítica sobre los acontecimientos conmemorados, dirigidos por el P. Armando Escoto, presidente de la Sociedad Histórica mexicana.

El martes 14, día de los mártires mexicanos, se puede realizar alguna procesión con las Letanías de los mártires mexicanos (cf pag 7; BP).

El miércoles 15 es el día de la Patria y la conclusión de la Semana de Oración. En lugar de la memoria de Nuestra Señora de los Dolores, por acuerdo de la Conferencia Episcopal Mexicana, se celebra la misa por la Patria (pag 10). Los sacerdotes y los políticos de los municipios del territorio de nuestra diócesis serán los sujetos preferenciales de la solemne concelebración eucarística en la Catedral basílica de San Juan.

Temas Pastorales sobre el Laicado



PRESENTACIÓN

«Jesucristo es el rostro humano de Dios y el rostro divino del hombre» (EAm 67).

Los «72 discípulos» (Lc 10, 1-9) enviados a todos los lugares y pueblos a donde Jesús quería ir, llegar, convertir, son vehículo y medio, nunca fin en sí mismos.

«La misión continental, diocesana o parroquial, o se hace con los laicos o no se hará» (EAm 44).

Los laicos son el gigante dormido del apostolado, para despertarlo es necesario abrir espacios de formación, de comunión y de participación afectiva y efectiva.

Los laicos adormilados, indiferentes, cansados, ensimismados y los que simplemente en silencio se van, esperan de nosotros, agentes cualificados, una palabra de consuelo, una mirada de amor, una puerta abierta que los enrole en la dinámica de la Nueva Evangelización.

Laicos, por amor, llamados a ser discípulos, y enviados a ser misioneros

El Documento de Aparecida en el capítulo 6 nos muestra el auténtico itinerario para la profunda formación de los discípulos misioneros, mediante 5 pasos:

Encuentro: Los mandó por delante... no eran desconocidos, sino amigos... «Ustedes son mis amigos si hacen que yo les mando»...

Conversión: Nadie que conoce a Cristo puede no anunciarlo. «La cosecha es mucha, falta mano de obra. Vayan también ustedes a mi viña», dice el Señor...

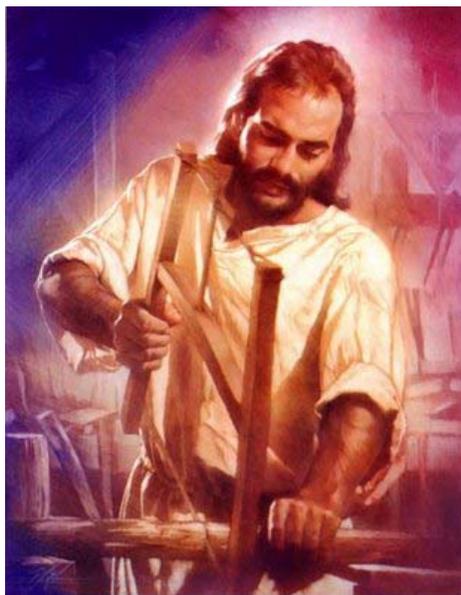
Discipulado: Designó a otros 72, es esa la apremiante necesidad, a otros y a otros...

Comunión: Vayan de dos en dos, con caridad, en la verdad, por solidaridad, en comunión...

Misión: Trabajadores del evangelio, empleados del bien a tiempo completo, de palabra y de vida...

Saber dar el paso del encuentro a la conversión, de la conversión al discipulado, del discipulado a la comunión, y de la comunión a la misión es la más excelente tarea de los fieles laicos.

El siglo 21 ha de ser en la Iglesia el tiempo de los laicos...



¿Qué pasa si la mies es mucha, los trabajadores pocos, y esos pocos trabajan poco? Los discípulos misioneros de Jesucristo están en el mundo sin ser del mundo. «Como corderos en medio de lobos», han de transformar el mundo, nunca dejarse arrastrar por el mundo. Tienen como distintivo la verdad y como estandarte la paz: «la paz reine en esta casa»... «Ay de mí si no anuncio a Jesucristo»...

- Los laicos, consagrados por el Bautismo y llamados a la santidad, hacen presente el Reino de Dios a través de la vivencia del Evangelio y transforman al mundo

como la levadura que fermenta la masa... Injertados a Cristo luz del mundo, transforman la sociedad testimoniando su amor a los valores eternos, mediante la fraternidad, la caridad, la solidaridad y la esperanza; en y desde su propia trinchera (las realidades temporales: economía, cultura, política, educación, MCS...). Hombres y mujeres de Iglesia en el corazón del mundo y hombres y mujeres del mundo en el corazón de la Iglesia, han sido, son y

serán el ejército de valientes sembradores del Evangelio en medio de un mundo alienante, seductor, superficial y fascinado con los nuevos ídolos...

- *Los sacerdotes, consagrados por la fidelidad al servicio del Reino, han de promover la santidad laical y la espiritualidad de comunión, sirviendo a la unidad en la diversidad... Unidos a Cristo por la obediencia al Padre, dediquen todas sus fuerzas y recursos a la formación teológica, espiritual y pastoral, a fin de que los laicos ubiquen su ser y su quehacer en el mundo y en la Iglesia. Santificados con el sacramento del Orden, promuevan a los laicos para que protagonicen la verdadera renovación de personas y estructuras...*

Los laicos pasen de aficionados a enamorados, de enamorados a predicadores, de predicadores a testigos, y de testigos a santos...

Es ahora la hora de los laicos... Ahora, es la hora de Dios... Es hora de encontrar a Cristo... de conocer a Cristo... de anunciar el Reino... Es hora de vivir en Cristo... Es hora de amar a Cristo... Es hora de morir por Cristo... Es hora de recomenzar desde Cristo... De pasar de los dichos a los hechos... Ahora, es la hora del testimonio... Ahora, es la hora de la misión... Ahora, es la hora de los laicos...

Que el apostolado, espiritualidad, y sobre todo su 'ser' en Cristo haga que el Año del Testimonio sea más eficaz, permitiendo la Misión con los alejados, y que el regreso a casa de los excluidos, resentidos, ignorados e indiferentes, sea real, gozoso y permanente.

Comisión Diocesana de Laicos

Breve Historia de un Cristiano «Light»



Al igual que en la elaboración de ciertos productos, como cigarrillos, algunas bebidas, o alimentos que se tipifican como «light», es decir, livianos o atemperados en su potencia o en sus efectos, debería preocuparnos un cierto tipo de cristian@s que se han ido convirtiendo, en estos últimos tiempos, en lo que podríamos clasificar, según esa categoría, como «cristianos light».

Tienen un perfil psicológico y espiritual muy particular. Son personas que se autodefinen como cristianas, relativamente bien informadas, pero con escasa adecuación de su conocimiento de la fe a su nivel de formación profesional. Personas muy pragmáticas, abiertas a diversos campos de interés cultural, político, artístico, etc., con dificultad de ir más allá de un compromiso superficial.

Generalmente evitan hacer una síntesis inteligente del bagaje de conocimientos que manejan, y como consecuencia se estructuran como sujetos triviales, ligeros, con poca consistencia, en ocasiones frívolos, inclinados a aceptar fácilmente lo que se les impone, y actúan así sin conductas asentadas

en criterios cristianos sólidos. Es un tipo de personas que tiende a tornar todo a su alrededor un poco volátil, etéreo, liviano, banal, permisivo.

Viven una especie de Evangelio también «light», «descafeinado», «sin calorías», que no engorda, ni anima, ni lanza. Un Evangelio que no es sal ni fermento en la sociedad. Se ha tornado insulso, incapaz de otorgar sabor... Sólo sirve para ser echado a la basura o para que lo pise la gente (Mt 5,13). Han convertido al *eu-angelion* (buena noticia) en un *dys-angelion* (mala noticia o simplemente una noticia más, ni buena ni mala).

Por el Bautismo creen que la fe les convirtió en privilegiados, cuando en el cristianismo todo es responsabilidad y no privilegio. Porque esa fe que tienen no es para que se salven ellos, sino que sirva como fermento, como algo a comunicar a los demás: una buena noticia ante las grandes preguntas que hoy se hace la gente (sobre la vida, la muerte, lo bueno, lo malo, si amar vale la pena, si el malvado tiene la última palabra, etc.).

Han visto en poco tiempo tantos cambios en la Iglesia y en la sociedad, y tan rápidos, que pierden las referencias, no saben a qué atenerse. No pocos se organizan en función del «entonces todo se vale», o «qué más da», «todos lo hacen». No han abandonado una práctica de vida cristiana a nivel parroquial o en algún movimiento de Iglesia, pero no es ni muy exigente ni tampoco reducida a la mera práctica intimista. No reconocen la indiscutible novedad y la perenne desinstalación que supone el Evangelio. Desgraciadamente han sido poco atentos a lo que Dios dice a la Iglesia de Laodicea: «*Conozco tus obras y no eres ni frío ni caliente. Ojalá fueras frío o caliente, pero como estás tibio y no eres ni frío ni caliente he de vomitarte de mi boca*» (Ap 3, 15-16).

Es el tipo de cristianos típicamente tibios que creen estar en el justo medio; creen no haber caído en los extremos. Piensan que son prudentes, sabios, inteligentes; pero son sólo tibios, indecisos, mediocres, pasivos espectadores de la historia. Sin caer en la cuenta, se han convertido en el vómito de Dios.

Estos cristianos «light» son, en general, buenos profesionales en su área específica, conocen bien la tarea que llevan entre manos, pero tienen dificultad para anunciar su buena noticia dentro de ese contexto. Flotan un poco a la deriva, sin actitudes claras, y su entorno va haciendo de ellos superficiales, indiferentes, permisivos, y va anidando poco a poco un gran vacío de convicciones.

Ante las grandes transformaciones padecidas por la sociedad en las últimas épocas (luchas revolucionarias, caída del Muro de Berlín, luchas por los derechos humanos, cambio de poder político, nuevos mesianismos, legislaciones contra la ley natural, etc.), sorprendidos, en lugar de movilizarse optando por las exigencias de la justicia, cayeron en una progresiva indiferencia, y hasta en la necesidad de justificarse ante la inevitable necesidad de aceptar sólo lo concreto y sensual. Estáticos ante lo que ya está y no pueden ni quieren hacer nada.

Con los testimonios de grandes cristianos contemporáneos (Luther King, Helder Cámara, Mons. Romero, Teresa de Calcuta, los Mártires mexicanos, etc.), no han sabido qué hacer. No prosperaron en ellos ni la solidaridad ni la colaboración, sino una tranquilidad estética, el descompromiso, la desvinculación de casi todo lo heroico que les rodea. En el cristiano «light» no hay entusiasmos desmedidos ni están para heroísmos.

Su cristianismo «descafeinado» es una síntesis insulsa que transita en «la banda media» de la Iglesia y la sociedad (alegóricamente, son representativos de las comidas sin calorías, sin grasas, sin excitantes..., todo suave, liviano, sin riesgos y con la seguridad garantizada por delante). Un cristiano así no dejará ninguna huella. Pasará sin pena ni gloria. ¡Y pensar que había sido elegido para anunciar el Reino como Jesús! En su vida ya no caben las rebeliones, y ha domesticado su moral hasta convertirla en una ética de reglas de urbanidad, cuando no en una estética ajustada a tradiciones.

El cristiano «light» no tiene referentes serios, movilizadores. Ha perdido o no ha querido tener un punto de referencia y un horizonte un poco más alto de lo que los medios masivos de comunicación le presentan. Está, como cualquier mortal, cada vez más perdido ante los grandes interrogantes de la existencia. Esto se traduce en cosas concretas y cotidianas de su vida, que van desde no poder asumir un compromiso estable y duradero hasta el caer en una cierta indiferencia, o una confusión de convicciones.

Los retos y los esfuerzos ya no apuntan hacia la construcción del Reino anunciado por Jesús, sino a garantizarse un futuro sin sobresaltos. Es un tipo de cristiano, como decía Bernanos, «capaz de instalarse cómodamente incluso bajo la Cruz de Cristo». El problema fundamental ante este tipo de cristianos no es el ateísmo, sino la idolatría: no tanto cuánta fe en Dios tienen, sino en qué Dios creen. No por casualidad este fue el problema fundamental también para Jesús: por revelarnos un Dios insospechadamente parcial hacia los despreciados



¿TAN SOLO
PALABRAS?

en un mundo estructurado por el poder como negación de los derechos de Dios y de los pobres, fue considerado blasfemo y ajusticiado.

Jesús fue un anti «light». Exigió encarar la conversión a Dios, el cambio de vida y las actitudes éticas y religiosas desde su raíz. Así lo percibió la clase gobernante y sacerdotal, y también sus discípulos. Para sus parientes esto era un preocupante síntoma de locura (Mc 3, 21). No es de extrañar entonces que su actitud nada «light» le haya costado la vida.

Así, quien quiera seguirle no puede ser «light». Su seguimiento debe ser una opción fundamental, por encima de los padres, los hijos y la propia vida (Mt 10, 37-39). Cualquier bien y valor ha de ser sacrificado cuando se hace incompatible con esta opción, a semejanza del que vende todo lo que tiene para adquirir una perla preciosa o un tesoro escondido. La opción del cristiano es tal compromiso que elimina el falso equilibrio del «servicio a dos señores» (Mt 6, 24).

La puerta que lleva a su Reino no es ancha ni «equilibrada», como pretenden los cristianos «light», sino estrecha (Mt 7, 13). Los que le siguen deben estar dispuestos a no tener donde reclinar su cabeza, a romper con los compromisos mundanos, y una vez en marcha no deben siquiera mirar atrás. Toda ganancia temporal no aprovecha de nada si nos separa de él.

Jesús no oculta la violencia que habrá de hacerse el cristiano para seguirlo, por un camino de amor y sed de justicia cuya consecuencia será la Cruz. Llega hasta pedir a los que se bautizan que nazcan de nuevo, que se «hagan como niños» (Mt 18, 4) y que «ocupen el último lugar» (Mt 20, 26), después de haber «perdido y triturado su vida como el grano de trigo» (Jn 12, 24).

Esta opción nada «light», sin buscarlo, llevará a conflictos y tensiones, consecuencia lógica de la reacción que causa una fidelidad absoluta al Evangelio. Por eso el cristiano será objeto de odio y de división, como Jesús mismo fue signo de contradicción. Frente a Él es imposible mantener prudencia o indefinición, pues se está con Él o contra Él (Lc 11, 23).

La oposición del Evangelio al compromiso «light» está condensada en su ideal de felicidad, opuesta a la falsa dicha, según las bienaventuranzas.

En contraste con las categorías «light» de la sensatez y del equilibrio mundano. Los ricos, satisfechos y «bien considerados» son descalificados por el Nazareno. En cambio, los que para Él están en la línea del equilibrio evangélico son los pobres, hambrientos, sufrientes, expulsados, insultados y mal vistos a causa de su opción cristiana (Lc 6, 23).

Igual falta de medida muestra Jesús de cara a ciertas exigencias que considera específicamente evangélicas. El amor fraterno que reclama no es sólo la actitud «sensata» y «honesta» de buenos sentimientos y relaciones humanas «light». Para El somos iguales a los «paganos», que siguen esta ética «light», si no llegamos a perdonar las ofensas «setenta veces siete» (Mt 5, 22), si no aprendemos a no juzgar sino amar y perdonar a los enemigos y a quienes nos perjudican. Más aún, exige optar por los débiles y pequeños; al grado máximo de amar a nuestros enemigos.

De cara a la verdad, Jesús es igualmente absoluto. Su fidelidad a esta verdad lo llevó al enfrentamiento final con el poder establecido, y a la muerte. En su entrega a la causa de la verdad, Jesús será radical en su crítica a la hipocresía, a la exterioridad y a toda forma de fariseísmo (Mc 2, 27).

Esta criteriología evangélica, se aparta de los criterios del equilibrio mundano. Los que aparecen últimos serán primeros y los primeros para el mundo, los últimos. Así, las prostitutas precederán en el Reino a muchos «bienpensantes», la fe de los pecadores vale más que la religión puramente exterior, el óbolo de una pobre viuda tiene más valor que las dádivas de los opulentos, y la penitencia del publicano pecador justifica más que la suficiencia del fariseo practicante. La caridad llevada al extremo, la búsqueda del último lugar, la renuncia radical al poder y a la violencia tiene su mejor encarnación en la actitud de Jesús al entregar su vida por los demás.

El problema fundamental para los cristianos «light» es que terminan por aceptar como natural un Evangelio «descafeinado» y un sistema económico y social insolidario. Y esto es colaborar con la maldad inserta en ellos. El cristianismo nos recuerda que cada persona es la guardiana de su hermano. El aceptar la injusticia pasivamente equivale a dar justificación moral a las acciones del malo; es una manera de dejar dormir su conciencia y de justificar nuestra irresponsabilidad.

Laicidad y Laicismo



El Estado laico existe gracias al aporte del **cristianismo**, concretamente de la Iglesia Católica. «Se ha de observar que, aunque el término ‘laicidad’ tanto en el pasado como en el presente se refiere ante todo a la realidad del Estado y asume no pocas veces un matiz o acepción en contraposición a la Iglesia y al cristianismo, **no existiría si no fuera por el mismo cristianismo**».

«En efecto, sin el Evangelio de Cristo no habría entrado en la historia de la humanidad la distinción fundamental entre lo que el hombre debe a Dios y aquello que debe al César; es decir, a la sociedad civil. El mismo término ‘laicidad’, derivado de la palabra ‘laico’, **tiene su primer origen en el ámbito eclesial**: El laico es aquel ‘que no es clérigo’. Ésta es la primera acepción, que resulta totalmente intraeclesial, del término ‘laicidad’».

En la Edad Media, «los soberanos, que reivindicaban la no sujeción al Papa, cuanto más, deseaban ejercer un rol de control y de organización de la misma Iglesia, pero **sin ninguna voluntad de separarse de ella o su exclusión de la sociedad**. Es a partir del Iluminismo y luego de manera dramática durante la Revolución francesa que el término ‘laicidad’ llega a designar una completa alteridad; es más, una oposición neta entre el ámbito de la vida civil y el religioso-eclesial».

«Aunque la laicidad es invocada hoy y **utilizada no raras veces para obstaculizar la vida y la actividad de la Iglesia**, en su realidad profunda y positiva, ella no se hubiera ni siquiera dado sin el cristianismo. Es lo que ha sucedido también con otros valores hoy considerados típicos de la modernidad y frecuentemente invocados para criticar a la Iglesia o, en general, a la religión, como el respeto de la dignidad de la persona, el derecho

a la libertad, la igualdad, etc., en gran parte **fruto de la profunda influencia del Evangelio en diversas culturas**, aún cuando más tarde fueron separados y hasta contrapuestos a sus orígenes cristianos».

«En muchas legislaciones se afirma que la laicidad es uno de sus principios fundamentales; obviamente, sobre todo en lo que se refiere a la relación del Estado con la dimensión religiosa del hombre. Al respecto, no se puede olvidar que de hecho, en nombre de esta concepción, algunas veces son tomadas decisiones o emanadas normas que objetivamente afectan al ejercicio personal y comunitario del **derecho fundamental a la libertad religiosa**».

«La falta de una subordinación lógica y ontológica de la laicidad respecto al **pleno respeto de la libertad religiosa** constituye para esta última una posible y también real amenaza. En tal caso, paradójicamente el Estado pasa a ser un Estado confesional y no más auténticamente laico, porque haría de la laicidad su valor supremo, la ideología determinante; justamente una especie de religión, hasta con sus ritos y liturgias civiles».

«Ha de reafirmarse la concepción plena del derecho a la libertad religiosa. Ya que, respetarlo no significa simplemente no ejercer coacción o permitir la adhesión personal e interior a la fe. Si bien el respeto del acto personal de fe es fundamental, no agota la actitud del Estado en relación con la dimensión religiosa, porque ésta tiene necesidad de exteriorizarse en el mundo y de ser vivida no sólo personalmente, **sino también comunitariamente**».

En referencia a la misión de los laicos, se dice que «al Magisterio le compete un rol distinto» del que les corresponde a ellos. «Mientras a los Pastores de la Iglesia les toca iluminar las con-



ciencias con la enseñanza, ‘el deber inmediato de **actuar en favor de un orden justo en la sociedad**, es propio de los fieles laicos’, que lo realizan cooperando con los demás ciudadanos».

En México las relaciones entre Iglesia y Estado se han entendido como relaciones entre dos poderes, entre dos autoridades, entre dos fuerzas contrapuestas en las que una de las partes trata de imponer a la otra: La Jerarquía y el Gobierno.

Para superar este antagonismo, el Concilio Vaticano II estableció la independencia mutua y la cooperación de la jerarquía y el gobierno, porque ambas entidades tienen como finalidad el servicio a la persona humana. Aunque se trata de la relación entre dos autoridades, sin embargo existen deferencias: La autoridad del Estado depende de la voluntad popular; y la de la Iglesia no.

Desde el Vaticano II, la Iglesia no busca el poder, ni el control de nadie, sino ponerse al servicio de la persona humana y de la sociedad.

En el año 1992, se reformaron cinco artículos de la Constitución Política y se promulgó la Ley de Asociaciones Religiosas y de Culto Público. Así se reconoció la personalidad jurídica de la Iglesia, pues antes vivíamos en la simulación.

Este nuevo marco jurídico constituyó un paso para superar esa simulación forzada y la Iglesia Católica pudo establecer relaciones diplomáticas entre México y la Santa Sede, en un clima de independencia, cooperación y diálogo.

Así, pues, es necesario distinguir el LAICISMO de la LAICIDAD.

- **Laicismo:** significa la privación de lo religioso y su exclusión de la vida pública.
- **Laicidad:** es la sana y necesaria separación entre Iglesia y Estado, asumiendo lo religioso como parte de la esfera social.

Recordemos ahora algunos datos de nuestra historia:

Primero existió una aceptación pragmática y utilitarista del Estado respecto de la Iglesia Católica. Después se negó la existencia y canceló a la Iglesia Católica. Debemos reconocer cierta complicidad de la Iglesia que llevó a una cultura de la simulación que no ha sido superada del todo. Sin

duda la Iglesia en parte se prestó a ese juego. Después de la Independencia se emitieron varias leyes, que no tuvieron casi repercusión, porque fueron abrogadas al poco tiempo de emitidas.

Durante el Porfiriato, existió una tolerancia en las relaciones Iglesia-Estado, al margen de la Constitución y de las leyes existentes. En 1926, cuando Plutarco Elías Calles trató de aplicar la ley, recordamos que el pueblo se levantó en armas y tuvimos la guerra cristera; hasta 1929, en que se firmaron los famosos «acuerdos», prometiendo amnistía a los «rebeldes» y restitución de los templos. Por desgracia estos acuerdos no se cumplieron a cabalidad.

Después, la Iglesia restableció el Culto y se comprometió a no intervenir en los problemas nacionales. La Ley seguía vigente, pero por acuerdo de las partes no se cumplía. Existió entonces el dicho: «*El gobierno permite que la Iglesia viole la Constitución y la Iglesia permite que el gobierno viole los Mandamientos*».

El 28 de enero de 1992, se reformó la Constitución en materia de Libertad Religiosa, y el 15 de julio del mismo año, se promulgó la «Ley de Asociaciones Religiosas y de Culto Público», en parte eliminando la simulación en las relaciones Iglesia-Estado.

Se puede decir que se modernizó el País y se reconoció la personalidad Jurídica de la Iglesia como sujeto de derechos y deberes. Aunque, como toda Ley, es perfectible. Esta Ley no significa que los ciudadanos manifiesten sólo en la esfera privada su religión, convicciones propias, y creencias fundamentales; sino que, se garantiza el carácter asociativo y público de la religión.

Es responsabilidad del Estado, garantizar en plenitud la autonomía de las Asociaciones Religiosas y así garantizar el LIBRE ejercicio y el DERECHO a la libertad Religiosa. Tanto en forma individual, como asociada, pública o privada.

Podemos decir que los mexicanos desde 1992 contamos con un nuevo marco Jurídico en el que se establecen los principios de responsabilidad del Estado y de la Iglesia, esto es pues, lo que entendemos como una sana laicidad.

La Espiritualidad Laical



1. ¿Qué es espiritualidad?

A lo largo de la historia, el cristianismo ha heredado de la lengua y la civilización greco-romana una gran cantidad de palabras de abolengo que han colmado de nueva riqueza a los cristianos. Misterios y mística pertenecen al vocabulario de la inquietud religiosa; ascética y ascetismo nos llegan de los estadios y gimnasios. Por lo que a la espiritualidad toca, hasta nuevo aviso, sigue siendo propiedad del cristianismo.

La espiritualidad es un patrimonio familiar pero multiplicable al repartirse entre los diferentes miembros que componen la Iglesia de Jesucristo. Todo el mundo a nuestro alrededor busca una espiritualidad y ansía hallar la más generosa y adaptable a su ambiente y a su persona.

Espiritualidad «*es una manera de saberse constituido por Dios*». Para el cristianismo, la definición de espiritualidad la tiene en Jesús, que nos muestra a Dios como un Padre amoroso. Esto le da un giro a la antropología, mostrándonos la espiritualidad en general, que comprende la ascética y la mística. También hay una espiritualidad particular de todas las exigencias cristianas que dimanen del Evangelio y de la Tradición.

Nos ocupamos sobre la espiritualidad laical, que consiste en la conjugación de las exigencias de un estado de vida concreto y permanente a partir del momento en que somos bautizados. De esta manera, la espiritualidad del laico es específica porque le obligan las mismas perfecciones que a los demás cristianos: vivencia de la caridad, testimonio, entrega en su comunidad, y colabora-

ción en la Iglesia. El laico debe sentirse responsable de toda la riqueza espiritual, sin cerrarse al amor y solicitud cordial para toda la Iglesia. Por todos estos motivos, dicha espiritualidad existe, de manera distinta y razonable.

2. ¿Quién es el laico?

En el mundo judío-cristiano clásico, no existía esta conciencia de franca contraposición, ya que los ministros del culto eran también, con frecuencia, oficiales del Estado, es decir, pertenecían a aquella comunidad de ciudadanos que se identificaba con el pueblo.

El choque se produjo con la entrada del cristianismo en la historia mediterránea, con una religión revelada, que a lo largo de los siglos, tenía que acen- tuar el desnivel profundo entre la jerarquía y el pueblo, estimulando en el mismo diversas actitudes de protesta contra el cristianismo-doctrinal y contra el cristianismo-institucional o Iglesia.

Con el término «laico» y con la teología del laicado, va unido el término «laicidad». Si en el lenguaje común «laicidad» intenta señalar una posición neutral desde el punto de vista religioso o ideológico, sobre todo cuando se trata de ejercer una función pública que afecta al conjunto de los ciudadanos, en el lenguaje eclesial designa, ante todo, el plano de la naturaleza racional, aquel en el que los instintos están guiados por la razón.

Laico se deriva del sustantivo *laós*, con el cual, dentro de un pueblo, la lengua griega indicaba a una categoría distinta de la de los jefes, de forma



parecida a como un ciudadano se distingue del conjunto de personas que ejercen un poder legítimo. Su primer uso entre los cristianos parece que se debe a Clemente Romano. El término se fue difundiendo gradualmente, pasando a la lengua latina (*laicus*) con el significado de cristiano no perteneciente al clero.

En una concepción «piramidal de la Iglesia», como la que se impuso en la época medieval, el laico está situado en la base de una pirámide que tiene en su cúspide a los clérigos y a los monjes, a quienes corresponde interesarse por las realidades espirituales. A la base pertenecen los demás cristianos, a quienes, por la fragilidad humana, se les permite usar las cosas terrenas.

Por el Bautismo, el laico se convierte en hijo de Dios y miembro de la Iglesia. La Iglesia es un cuerpo orgánico en el que los laicos tienen su lugar y su gloria, junto a los sacerdotes y los religiosos. Con razón Pío XII exhortaba a los laicos «*a tener la conciencia siempre clara, no sólo de pertenecer a la Iglesia, sino de constituir la Iglesia, es decir, la comunidad de los fieles en la tierra, bajo la guía del papa, y de los obispos. Ellos también son la Iglesia*» (cf AA 149). Como miembro vivo del pueblo de Dios y parte activa de la Iglesia, el laico es corresponsable, en la medida propia de la construcción del reino de Dios.

En el siglo XX empieza a imponerse una nueva colocación del laico en el lugar que le corresponde en el organismo eclesial, porque se empieza a desarrollar y afianzar una «**teología del laicado**». Finalmente, el Concilio Vaticano II dibujó la figura del laico en sus aspectos teológicos, apostólicos y pastorales, sobre todo en la Constitución *Lumen Gentium* y del Decreto *Apostolicam actuositatem*.

Con el nombre de «laicos» el Concilio, entiende:

«A todos los fieles cristianos, a excepción de los miembros que han recibido un orden sagrado y los que están en un estado religioso reconocido por la Iglesia, es decir, los fieles cristianos que, por estar incorporados a Cristo mediante el bautismo, constituidos en Pueblo de Dios y hechos

partícipes a manera de la función sacerdotal, profética y real de Cristo, ejercen, en la parte que les toca, la misión de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo» (LG 31a).

Aquí se describe de forma positiva la razón de ser del laico, deducida de su incorporación bautismal a Cristo. De aquí se derivan al mismo tiempo su constitución en el Pueblo de Dios y su participación en el triple oficio de Cristo. Después de esto el Concilio indica la tipología del laico en el mundo: «A ellos muy en especial, corresponde iluminar y organizar todos los asuntos temporales a los que están estrechamente vinculados, de tal manera que se realicen continuamente, según el espíritu de Cristo y se desarrollen, y sean para la gloria del Creador y del Redentor» (LG 31b).

Se describe la índole secular del fiel laico: puesto por el corazón de la Iglesia en el corazón del mundo para su santificación, hace de ese mundo el ámbito y el medio de su propia vocación cristiana. Por lo tanto, ser laico es ser cristiano, sin más. Según esta postura, ya es bastante y suficientemente importante con ser cristiano como bautizado. Sobre todo, en esta época post-cristiana, hay que mostrar la originalidad del cristianismo.

En estos tiempos es necesario conocer de manera amplia lo que implica ser cristiano, y nuestro compromiso de bautizados como miembros de la Iglesia, fundada por Cristo, de la cual todos somos miembros con tareas y funciones muy específicas dentro de la misma, que ayudan al hombre a descubrir su identidad como laico y por lo mismo a fomentar una espiritualidad propia del laico en medio del mundo, donde ha de ser fermento visible y creíble de Cristo.

3. ¿Qué es la espiritualidad laical?

Aunque se trata de una palabra moderna, su contenido se refiere a toda la vida espiritual como doctrinal y práctica.

El término se aplica a la vida espiritual en cualquier aspecto o período, desde el comienzo ascético hasta su desarrollo en la experiencia mística de Dios.

Finalmente, se describe como ciencia práctica, de perfección evangélica en su itinerario formativo-pedagógico, desde el ideal cristiano de la caridad hasta la unidad de espíritu en la unión mística con Dios Trino y Uno.

Según las adquisiciones recientes de los estudiosos, se pueden distinguir tres aspectos nuevos en el concepto de espiritualidad:

El primero, basado en el retorno a las fuentes bíblicas y humano psicológicas, expresa la necesidad de reconducir las palabras abstractas de espiritualidad y de espiritual a su contenido original y vital de tipo personal.

El segundo aspecto, la renovación que afecta a la vocación universal de cada una de las personas a la perfección del Evangelio o a la perfección de la caridad para con Dios y para con los hermanos. La perfección evangélica religiosa tiene que especificarse sobre la base de esta misma perfección de la caridad común a todos los cristianos, poniendo de relieve algunos de sus aspectos más importantes.

El tercer aspecto se refiere a la unidad de los cristianos y a la unidad de las religiones mundiales. De aquí la necesidad de conocerse mejor y de insertar su propia espiritualidad específica en el conjunto de la vocación evangélica común.

El hecho constitutivo del laico es el sacramento del bautismo por el cual el hombre se convierte en hijo de Dios, miembro de la Iglesia, heredero de la vida eterna, y toda su persona queda consagrada al servicio del Señor. La adopción divina y la consagración al servicio y al culto de Dios, constituyen la substancia de la vida cristiana y son comunes a todos los bautizados.

Los laicos, se distinguen y se califican por la presencia en el mundo, en cuanto que están llamados a vivir como hijos de Dios y a servir al Señor en su propia familia, en el ambiente de trabajo, dedicándose a las actividades temporales en el seno de la sociedad.

A los laicos corresponde, por propia vocación, tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios. Viven en el siglo, es decir, en todos y cada uno de

los deberes y ocupaciones del mundo, y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como entretendida. Allí están *«llamados por Dios para que, desempeñando su propia profesión, guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento»* (LG 31).

Ciertas actividades y manifestaciones, prohibidas a los sacerdotes y religiosos, son el dominio del laico que en ellas pone a prueba su competencia específica y sus fuerzas, en una visión finalística de todos los valores: *«De manera singular, a ellos corresponde iluminar y ordenar las realidades temporales a las que están estrechamente vinculados, de tal modo que sin cesar se realicen y progresen conforme a Cristo y sean para la gloria del Creador y del Redentor»* (LG 31). Dichas tareas forman parte del designio providencial de Dios, y por ello los laicos tienen que considerarse llamados a misiones propias en el misterio de la salvación universal.

Por medio de los sacramentos, la gracia capital de Cristo se derrama en todos los miembros del cuerpo místico, configurándolos de modo diverso, atribuyendo funciones específicas, según las necesidades de la Iglesia. Algunos cristianos están llamados a tareas de representación y de mediación y son consagrados sacerdotes; otros abrazan la vida religiosa para dedicarse completamente a la búsqueda de la perfección en la imitación de Jesucristo; los laicos, que constituyen la parte más numerosa del pueblo de Dios, se ocupan directamente de las realidades temporales, en colaboración y dependencia con el Creador.

La espiritualidad propia del laico, debe tener en cuenta las realidades puestas en él por la consagración bautismal y por su condición de ciudadano del mundo para transformarlo, por lo tanto ha de estar inserto en la sociedad.

El Vaticano II propuso en términos explícitos el valor eclesial de los laicos y su función en la sociedad cristiana: *«No se da, miembro alguno que no tenga parte en la misión de Cristo, sino que cada uno debe santificar a Jesús en su*

corazón y dar testimonio de Jesús con espíritu de profecía» (PO 2).

4. Apostolado de los laicos

Revestidos de un poder sacerdotal, los laicos se insertan, de modo particular, en la actividad cultural, sacramental y apostólica de la Iglesia y participan en:

1. La actividad cultural de la Iglesia y en las celebraciones litúrgicas: es exigida por la misma naturaleza de la liturgia, a la cual tiene derecho y obligación, en virtud del bautismo, el pueblo cristiano. Partícipes del sacerdocio de Cristo, unidos y consagrados por el Espíritu Santo, los laicos *«concurren a la oblación de la Eucaristía»* (LG 10), y ofrecen sus obras, *«la vida conyugal y familiar, el cotidiano trabajo, el descanso de alma y de cuerpo... e incluso las mismas pruebas de la vida, como sacrificios espirituales, aceptables a Dios por Jesucristo»* (LG 34).

2. En la acción sacramental de la Iglesia. Son ministros del sacramento del matrimonio; pueden administrar válidamente, y en caso de necesidad, lícitamente, el bautismo, y ejercer otros ministerios que les son propios. Además, por la recepción de los sacramentos, los laicos se insertan más íntimamente en el misterio de Cristo y de la Iglesia, y se hacen aptos para llevar a cabo funciones sobrenaturales, para la gloria de Dios y la salvación de las almas (cf LG 11).

3. Miembros vivos, contribuir con todas sus fuerzas al crecimiento de la Iglesia y a su continua santificación» (LG 33). El apostolado de los laicos asume formas y aspectos variados y se desarrolla en muchos campos:



«Están llamados a hacer presente y operante a la Iglesia en aquellos lugares y circunstancias en que sólo puede llegar a ser sal de la tierra a través de ellos. Así, todo laico, en virtud de los dones que le han sido otorgados, se convierte en testigo y simultáneamente en vivo instrumento de la misión de la misma Iglesia» (LG 33).

Esta forma de apostolado está estrechamente vinculada con la presencia de los laicos en el mundo y con las tareas que se les han confiado para la animación cristiana de la vida social, por lo que hemos de concluir que el laico tiene su propia espiritualidad, en cuanto participa del sacerdocio de Cristo, hace de todos los actos de su vida, sus oraciones, su trabajo, sus relaciones sociales, conyugales y familiares, sus alegrías y dolores y los ofrece como actos de alabanza y entrega de su persona a Dios para hacer creíble el mensaje de salvación que nos ha comunicado Cristo...

5. Insertados en el mundo para transformar al mundo

Los laicos y el mundo:

Dios creó al hombre y a la mujer y los estableció en un determinado lugar a lo que llamamos mundo. La primera, y no menor dificultad que nos planteamos, es dar un sentido lo más acertado posible al termino *«mundo»*. La ambigüedad con que es usado en el Nuevo Testamento, en la teología incluso, en el lenguaje cotidiano es fuente de no pocos equívocos.

El Concilio dio una bella definición descriptiva del concepto mundo: *«El mundo, es decir, la entera familia humana con la totalidad de las cosas entre las que vive; el mundo, teatro de la historia del género humano, marcado con sus afanes, fracasos y victorias; el mundo fundado y conservado por el amor del Creador; sometido ciertamente a la esclavitud del pecado, pero liberado por Cristo crucificado y resucitado»* (GS 2).

Nuestro concepto de mundo abarca los siguientes elementos: «Hombres individualmente considerados; estructuras humanas: sociales, políticas, culturales, profesionales, familiares, etc., seres infrahumanos individualmente considerados: las cosas, tanto naturales como elaboradas: y las estructuras infrahumanas: físicas, químicas, biológicas, técnicas, estéticas, etc.».

Inevitablemente el cristiano es ciudadano de dos mundos y se encuentra ligado por dos amores: su consciencia le dicta ser fiel al cielo y ser fiel a la tierra; siente la nostalgia de la patria, y ama también la tierra del exilio. Peregrina con esperanza hacia la casa del Padre, y es compañero de lágrimas de los desterrados. Como el antiguo Israel, el éxodo lo hace solidario con sus compañeros de destierro, y consciente de su pertenencia a un pueblo, al Pueblo de Dios que es la Iglesia.



Es necesario, pues, precisar el compromiso del laico con la Iglesia y con el mundo: dos magnitudes diversas pero no separadas y mucho menos contrapuestas.

La relación de la Iglesia con el mundo no es un diálogo entre una realidad propiamente cristiana y otra extraña al cristianismo, entre lo religioso y lo profano, lo sobrenatural y lo intramundano, sino, y aquí **está el meollo del problema, entre dos maneras complementarias de vivir el único cristianismo:** la expresión eclesial, sagrada de la vida teologal de los creyentes, y la expresión mundana, no particular, de esta misma vida de gracia.

La vocación cristiana es esencialmente apostólica, pues el fin de la Iglesia es hacer que todos los hombres participen en la redención llevada a cabo por Cristo. Ahora bien «la obra redentora de Cristo, aunque de suyo se refiere a la salvación de todos los hombres, se propone también la restauración del orden temporal» (AA 5).

De manera particular, la misión del laico en la obra de la salvación, es la que se deriva de su condición secular. Por vivir inmerso en las realidades temporales, es presencia de la Iglesia en la sociedad civil.

Para evitar equívocos hay que aclarar que esta competencia del laico en las cosas temporales no es la única dimensión de la vocación laical. Como tampoco los sacerdotes, por desempeñar una función sagrada, que se derivan del orden, pierden por eso su dimensión secular y mundana; aunque ordenados, siguen viviendo en el mundo y están comprometidos en la construcción de la ciudad terrestre para que se organice según los planes de Dios.

De igual manera los laicos, viviendo en el mundo, ocupados en ordenar según Dios el orden temporal, siguen identificados con la vida eclesial y tienen sus responsabilidades y consideración dentro de la misma.

En uno y otro caso se trata de funciones prevalentes, pero no exclusivas. Su condición secular determina la función característica de los laicos. Son estados y funciones coordinadas y complementarias en orden a la edificación del Reino.

La condición específica del laico deriva de sus relaciones con el mundo, en cuanto que comprende la familia, la sociedad, el trabajo, los intereses políticos y económicos, la ciencia y el progreso.

El laico vive y actúa en el mundo, se ocupa de las realidades temporales y obra en la creación para santificarla y santificarse.

Con su presencia y actividad en el mundo el laico realiza el poder real recibido en el bautismo, disponiendo de las cosas según la voluntad y para la gloria de Dios, «de tal manera que el mundo se impregne del espíritu de Cristo y alcance su fin con mayor eficacia en la justicia, en la caridad y en la paz» (LG 36).

Los Laicos y la Cultura



La cultura debe constituir un campo privilegiado de presencia, actividad y compromiso para la Iglesia y para cada uno de los cristianos. «No existe separación entre la fe cristiana y vida cotidiana» (GS 43). Téngase presente que «la cultura es aquello a través de lo cual el hombre, se hace más hombre, «es» más y accede más al «ser».

Cada uno nace incorporado a un grupo humano, a un pueblo que tiene su propia visión del mundo, de la historia, la tradición, la lengua, un determinado grado de desarrollo y unos códigos de comportamiento que configuran el acervo cultural de cada persona.

El cristiano es también ciudadano del mundo, nace inserto en un grupo humano, es heredero de un patrimonio común de ideas, de valores y de técnicas elaboradas a través de la historia de su grupo como recurso para expresar y realizar lo que él es y pretende ser. En otras palabras, como todo ser humano, el cristiano nace y vive en una cultura.

Entre las definiciones de cultura, el Concilio Vaticano II la entiende como: «*Todo aquello que el hombre afirma y desarrolla, sus innumerables cualidades espirituales y corporales; cuando procura someter el mundo terrestre con su conocimiento y trabajo, cuando hace más humana la vida social, tanto en la familia como en la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres y de las instituciones; finalmente, a través del tiempo expresa, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones que sirvan de provecho para muchos, e incluso a todo el género humano*». (GS 53).

Como se ve, la cultura es algo dinámico e interrelacional que el hombre crea y que, al mismo tiempo crea al hombre: **«El lenguaje nos forma a nosotros mucho más que nosotros al lenguaje; somos hijos de una época, llevamos impreso el sello que esa época nos imprime, y dejamos el nuestro impresa en ella».**



El cristiano de hoy vive en una cultura ambigua. Por una parte, muchos de los rasgos que caracterizan a la sociedad contemporánea resultan inconciliables con los principios cristianos, sin embargo, se pueden descubrir en ella algunos aspectos que tienen una gran afinidad con el evangelio, como son el amor, la sinceridad, el hambre de justicia,

de paz, de convivencia igualitaria y de libertad.

Se comprende que un cristiano hoy, se sienta como exiliado en una cultura atea, y en peligro de que su fe se vea absorbida por las categorías de la cultura vigente. Una mentalidad inspirada en principios que consideran los valores terrestres como absolutos y definitivos, o una ética que no obedece a otro dictado que al máximo bienestar del hombre, que acaba por deshumanizarlo y hacer de él un descreído.

Por otra parte, pese a lo distante y aún, a lo opuesto que un cristiano se encuentre de la mentalidad que prevalece en algunos ambientes del mundo de hoy, descubre también en ésta, muchos aspectos positivos que revelan el interés por una forma de vivir en el mundo conforme a los valores del evangelio.

El hombre en su afán de dominio sobre el mundo, ha adquirido una dolorosa experiencia respecto a los límites de la razón, y a la necesidad de normar la libertad humana de acuerdo a principios morales para evitar la destrucción del mundo y del hombre mismo. El fracaso del humanismo ateo y de las falsas esperanzas que algunas ideologías le habían hecho concebir, lo han hecho más humilde y dispuesto para escuchar otro mensaje, tal vez el mensaje ya olvidado del evangelio.

Las nuevas generaciones se incorporan a la vida social con grandes ansias de libertad y de justicia. Se fortalecen los movimientos en defensa de los derechos humanos, de promoción y de igualdad de la mujer, de reivindicación de los pueblos y razas marginadas. Sin concederles una fe ilimitada a las ciencias y a las técnicas, se reconocen sus crecientes posibilidades para la realización planetaria de la humanidad.

Existe un ansia generalizada de purificación social, eliminando todo tipo de corrupción, a fin de salvar el tejido social. Los movimientos ecológicos reclaman una acomodación de la técnica industrial a la necesidad de preservar un ambiente sano que permita la sobrevivencia del género humano sobre la tierra.

No es extraño que el cristiano sienta la necesidad de crear un medio cultural apto para vivir su fe y para transmitirla a los demás. En otras palabras, la necesidad de evangelizar la cultura, es decir, crear y difundir socialmente las condiciones culturales que favorezcan dentro de la sociedad, la comprensión, el anuncio y la práctica del evangelio.

Por consiguiente, evangelizar la cultura equivale a «poner los cimientos sociales en los que se

puedan apuntalar las condiciones culturales apropiadas para que el evangelio pueda ser anunciado, comprendido y aceptado en la vida de una sociedad determinada». En otras palabras, esta es la llamada inculturación del evangelio.

El término inculturación, referido a la penetración del evangelio en los ambientes culturales y a las relaciones que se establecen entre el evangelio y la cultura de esos medios, es relativamente reciente.

El esfuerzo de la Iglesia para hacer penetrar el mensaje de Cristo en un determinado medio socio-cultural, impulsando a éste, a crecer según sus propios valores, en cuanto son conciliables con el Evangelio. El término

inculturación incluye la idea de crecimiento, enriquecimiento mutuo de personas y grupos, por el hecho de encontrarse el evangelio en un medio social.

Además, la encarnación de la vida y del mensaje cristiano en la cultura moderna, implica que esta experiencia no sólo utilice el vocabulario, las categorías de esta sociedad industrializada y técnica, que se refiera a sus problemas reales, porque eso sólo sería una adaptación superficial, sino que se convierta en principio inspirador, normativo y unificante de la misma, que la transforme y la renueve.

Se trata de un proceso de relaciones mutuas, pero, sobre todo de interacción del mensaje cristiano en la cultura contemporánea. Se trata de un proceso de interacción e interrelación en los dos sentidos. Juan Pablo II, define la inculturación como: **«La encarnación del Evangelio en las culturas y, la introducción de éstas en la vida de la Iglesia».**



De modo que la inculturación del evangelio y la evangelización de la cultura son dos magnitudes complementarias de la misión evangelizadora que tiene el laico en el mundo.

La cultura moderna y otras culturas contienen elementos inconciliables con los principios cristianos, se impone una labor de discernimiento para que la inculturación sea aceptable. Un discernimiento serio y responsable, no sólo llegará a descubrir los elementos inaceptables de la cultura, sino que descubrirá también las potencialidades que ofrece para la inserción en ella del mensaje cristiano, y en qué forma «*puedan compaginarse las costumbres, el sentido de la vida y el orden social con la moral manifestada en la divina revelación*». (AG 22).

La labor de los cristianos para actualizar, desde dentro una cultura determinada, los valores y estímulos que la preparen para acoger favorablemente el anuncio evangélico, no será posible sin traspasar al interior de esa cultura la fe en Dios y las exigencias de la vida cristiana.

El laico, por estar inmerso en el mundo, en sus problemas y circunstancias, está llamado a ser presencia pública del cristianismo en la sociedad, y tiene mayores oportunidades para hacer pasar al patrimonio cultural común aquellas visiones de fe capaces de purificar y humanizar esa cultura en la que se desenvuelve.

En actitud creativa y respetuosa para con sus conciudadanos, colaborando con ellos en todo lo positivo, pero con libertad y audacia cristiana, deberá contribuir de manera permanente a enriquecer la cultura común y mejorar las condiciones de convivencia, iluminándolas y purificándolas a la luz del evangelio.

Desafortunadamente, es necesario reconocer que la práctica del cristianismo, con mucha frecuencia, ha estado y sigue estando aislada de su contexto cultural. Esa **marginación la ha hecho**

inefectiva, tanto en la vida de los cristianos como en la fuerza de su testimonio que no ha tenido impacto en la cultura en la que transcurre su existencia.

Muchos valores cristianos, vigentes un tiempo en la sociedad, han sido distorsionados por el influjo del sistema económico y de la estructura política. *Parece que hubiera hecho falta la voz crítica de los cristianos que hubiera reivindicado la identidad de esos valores.* Se ha dado por supuesto, con excesiva ligereza, que el ambiente social y político no tenía que ver con la fe. Más aún, inconscientemente, el cristianismo ha servido, a veces, para legitimar sistemas políticos cuyos valores son diametralmente opuestos al evangelio.

Ya el Vaticano II al hablar de la actividad humana en el mundo, sale al paso a cualquier temor que pudiera abrigarse: «*Muchos de nuestros contemporáneos parecen temer que por una excesivamente estrecha vinculación entre la actividad humana y la religión, sufra trabas la autonomía del hombre, de la sociedad o de la ciencia*». (GS 36).

El cristiano no sería fiel a su misión si no se esforzara por contribuir al común patrimonio cultural aportando los valores que se derivan de su fe, como son la gratitud, la justicia, la paz y el amor. Estas virtudes son cristianas, no porque otros no las puedan practicar, sino también, porque expresan particularmente la esencia del evangelio, están estrechamente vinculadas a la ley fundamental del cristiano, que es el amor y, además, porque el cristiano encuentra en su fe una poderosa motivación para practicarla y, si no las pusiera por obra, su cristianismo no sería auténtico. Por lo tanto **el laico tiene el compromiso de adentrarse en la cultura para conocerla, amarla y transformarla desde los diversos ángulos.**



Los Laicos y la Política



Desde que se empezó a organizar la sociedad jerárquicamente apareció el arte de gobernar sobre los demás actividades. En sus orígenes el poder lo ocupaba el más fuerte o sabio del grupo, pero hay constancia de pueblos organizados en un sistema político determinado, como algunas polis griegas o la cultura fenicia que practicaban la democracia parcial, o estaban organizadas en asambleas.

Política y fe son dos magnitudes que mutuamente se excluyen, porque consideran que el dominio de la política pertenece a la vida pública, y la fe, sobre todo en una sociedad secularista, queda reservada a la vida privada y a la intimidad personal. No es raro en efecto, encontrar quienes rechazan toda aproximación entre cristianismo y política, sólo y precisamente porque, en una determinada coyuntura histórica, temen que la actitud adoptada por la jerarquía y los pensadores cristianos llegue a ser contraria a sus personales preferencias e intereses políticos.

No faltará tampoco, quien mire con desconfianza a los cristianos que se arriesgan a adentrarse en los dominios del quehacer público, inspirados en sus convicciones de fe. Consideran que la pureza del Evangelio y el desinteresado amor al prójimo, que pertenece a su esencia, pueden quedar empañados al avanzar en un mundo de despiadadas rivalidades, de intereses en conflicto y de egoísmos en lucha.

La tarea principal de los laicos, es poner en juego todo su talento y sus energías para hacer presente y actuante en el mundo la fuerza del Evangelio, y señala expresamente el campo de la política.

«**La persona humana es el fundamento y el fin de la convivencia política**» (GS 25). Dotado de racionalidad, el hombre es responsable de sus propias decisiones y capaz de perseguir proyectos que dan sentido a su vida, en el plano individual y social.

Dentro de las actividades que los fieles laicos pueden ejercer en la vida pública, ocupa un lugar preponderante la actividad política dado el influjo que tienen para promover el reino de Dios. Por esta razón se considera necesario presentar algunas consideraciones que ayuden al laico a tomar conciencia de su responsabilidad en esta dimensión de su actividad temporal.

«*Los laicos deben asumir como tarea propia la renovación del orden temporal; si la función de la jerarquía es enseñar a interpretar auténticamente los principios morales, pertenece a ellos mediante sus iniciativas y sin esperar pasivamente consignas y directrices, penetrar del espíritu cristiano la mentalidad y costumbres, las leyes y estructuras de su comunidad civil*» (PP 81).

Entendemos por política, la actividad que tiende a realizar el bien común en una comunidad pública. Pero el bien común no es una entidad abstracta, sino una realidad muy concreta, integrada por la paz y la seguridad pública, el disfrute pacífico de los derechos humanos, la promoción de los valores morales propios de la persona, la defensa de la vida y de la estabilidad de la familia como primera célula de la que depende todo el tejido social; la justa distribución de la riqueza, la promoción de fuentes de trabajo, el apoyo a iniciativas culturales, educativas y sanitarias, en una palabra, todo lo que contribuya al adecuado desarrollo de la persona humana en todas su dimensiones y estratos.

Para hacer posible el ejercicio de los derechos y de los deberes humanos dentro de la vida pública, es necesario crear un orden donde la persona pueda desarrollar sus capacidades y realizar plenamente su destino. Sólo en el libre ejercicio de sus derechos inalienables puede la persona, o los grupos humanos, desarrollarse en todas sus dimensiones.

Considerada la política como vocación al bien común, debe ser reconocida como una de las más

nobles actividades humanas. A ella se refiere el Vaticano II como: «ese arte tan difícil y noble que es la política» (GS 75).

Es un deber y un derecho de los miembros de la Iglesia el estar presentes en este campo de la realidad civil y el tejido social, puesto que el cristianismo debe evangelizar la totalidad de la existencia humana, incluida la dimensión política.

Es legítimo que los cristianos laicos se comprometan con opciones diversas y aún opuestas, dentro de la diversidad de criterios, por encima de sus disensiones y desavenencias, unos y otros son seres humanos, hijos de un mismo Padre, llamados a la unidad en Jesucristo.

Sólo una sociedad justa y libre puede cumplir con su función de servir al hombre, pero para que sea justa y libre depende de la participación de todos los ciudadanos. Así como **en una «autocracia» unos son los que dictan las leyes y otros las que las obedecen, en una «democracia» las leyes están hechas por aquellos mismos que tienen que cumplirlas.**

El compromiso político del laico requiere un cuidado particular, preparación para el ejercicio del poder, que los creyentes deben asumir, especialmente cuando sus conciudadanos les confían este encargo, según las reglas democráticas.

En las modernas sociedades democráticas o que se van iniciando en la democracia, la acción política reviste una singular importancia en cuanto que la vida pública y la transformación social dependen cada vez más de la participación popular en las decisiones de interés común. En sintonía con las enseñanzas del Concilio Juan Pablo II urge esta necesidad: «*Para animar cristianamente el orden temporal, los fieles laicos de ningún modo pueden abdicar de la participación en la política; es decir, de la multiforme y variada acción económica, social y legislativa, administrativa y cultural, destinada a promover orgánica e institucionalmente el bien común*» (ChL 42).

Los cristianos, como ciudadanos que son al mismo tiempo de la ciudad terrena y de la eterna, han de cumplir con fidelidad sus deberes tempo-

rales, guiados siempre por el espíritu evangélico y el Concilio les previene del grave error que sería entregarse totalmente a los asuntos temporales, como si éstos nada tuvieran que ver con la vida religiosa, como si ésta pudiera reducirse a ciertos actos de culto o a la observancia de algunas obligaciones morales y concluye diciendo que **«El divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos, debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestra época»** (GS 43).

E insiste en que la fe del cristiano debe ser operativa en el tejido social: «la fe debe manifestar su fecundidad imbuendo toda la vida, incluso la profana de los creyentes, impulsándolos a la justicia y al amor, sobre todo con el necesitado» (GS 21).

Política y fe son dos magnitudes que mutuamente se excluyen, porque consideran que el dominio de la política pertenece a la vida pública, y la fe cristiana, sobre todo, en una sociedad secularista queda reservada a la vida privada y a la intimidad personal.

Si la presencia de los laicos se concentrara exclusiva o preponderantemente en la participación litúrgica o en actividades intraeclesiales con descuido de sus tareas mundanas, llegaríamos al fenómeno anómalo de la clericalización de los laicos, al que seguiría la politización de los clérigos. Ambas cosas igualmente inadmisibles.

No obstante que todos los laicos están llamados a la política, por la importancia que de esa participación se sigue para la buena marcha de la sociedad, es obvio que no todos ellos están en condiciones de dedicarse a la política como opción prevalente de su vida.

Si los cristianos que actúan en el mundo disocian su fe religiosa de sus repercusiones sociales, políticas, económicas y culturales, o les dejan el campo libre a otras fuerzas sociales que no se inspiran en el Evangelio cuando se trata de justicia, de hambre, pobreza o derechos humanos, debilitan la misión de la Iglesia.

En la vida social el conducto abierto del que dispone el cristiano para manifestar la fecundidad de su fe, además del voto popular, es el de las

vías del diálogo y la persuasión por una parte, y la libertad de asociación, por otra.

Los cristianos aprecian el sistema democrático, «en la medida que asegura la participación de poder elegir y controlar sus propios gobernantes, o bien la de sustituirlos oportunamente de manera pacífica». (CA 46).

Mediante el voto, el ciudadano tiene acceso a las decisiones que afectan los intereses generales de la comunidad tanto en el orden material y económico como en el orden moral.

El camino del diálogo político consiste en un intercambio de opiniones dirigido a promover el bien común. Todo dialogante transmite lo que vive y en la profundidad en que lo vive. Por lo tanto, el cristiano si es auténtico en la profesión de su fe y en sus vivencias religiosas, transmitirá valores cristianos aún cuando aborde temas temporales como son los relacionados con la ciudad terrestre.

Sería una falta de valor cristiano y un egoísmo imperdonable permitir que, una actividad en la que entran en juego valores tan elevados y, con ello, el destino de la comunidad política, no resultara tan eficaz por falta de apoyo ciudadano o se frustrara por quedar en manos de quienes sólo buscan en ella sus propios intereses.

No es raro, encontrar quienes rechazan toda aproximación entre cristianismo y política por razones como las siguientes:

1. Lo político nada tiene que ver con lo ético y lo religioso.
2. El poder político es intrínseco e inevitablemente injusto.
3. Cooperar con él, es siempre cooperar con la injusticia.
4. Aunque en sus principios y en teoría la política pueda ajustarse a normas morales, la participación directa en la vida política, en sentido estricto, supone siempre aceptar, de hecho, posturas inmorales.
5. Intervenir en política en nombre del cristianismo, implica inevitablemente, comprometer a la Iglesia en lo opinable, coartar la libertad de

opción en materias discutibles y coaccionar al adversario invocando principios sagrados.

6. No puede haber un político cristiano, ni un cristiano político.
7. Toda política es detestable.

Estas actitudes no juzgan inmoral que el ciudadano tome parte directamente en la vida pública. Lo que rechaza, es que lo haga el cristiano en cuanto cristiano.

Para aclarar esta relación entre cristianismo y política, es preciso distinguir cuatro planos en la acción del cristiano:

- a) La aceptación, difusión y práctica de los principios religiosos y éticos que se hallan en la Revelación.
- b) La elaboración, difusión y práctica de aquellas aplicaciones de los principios revelados a las realidades temporales que pueden establecerse con certeza o suma probabilidad.
- c) La elaboración, difusión y práctica de aquellas aplicaciones de los principios revelados a las realidades temporales cuya deducción no es objetivamente indiscutible.
- d) Las opciones meramente temporales, exclusivamente técnicas, que no presentan ninguna conexión con los principios religiosos y éticos del cristianismo.

Por desgracia, sin embargo, siempre ha constituido una gran dificultad para los políticos católicos el respaldar sus respectivas posiciones con la autoridad de la Iglesia, presentando su modo de entender la vida pública como la única encarnación posible del ideal cristiano, exigiendo, por tanto, la adhesión incondicional a su política o a su partido, y repudiando a sus adversarios como enemigos del cristianismo.

Corresponde a la espiritualidad y misión de los laicos, promover los valores que deben inspirar la política, interpretada con la luz divina del Espíritu que le obliga a actuar, como conciencia crítica de la sociedad, recordando los deberes morales de los ciudadanos, denunciando los abusos y los atropellos de los más indispensables derechos humanos, en especial de los más débiles, como lo hizo el maestro Jesús.

Primordial Vocación de los Laicos a la Comunión



Los laicos como los demás fieles, siguiendo el ejemplo de Cristo, que con su obediencia hasta la muerte abrió a todos los hombres el dichoso camino de la libertad de los hijos de Dios, aceptan con prontitud de obediencia cristiana aquello que el clero, en cuanto representantes de Cristo, establece la Iglesia.

Por su parte el clero debe reconocer y promover la dignidad y responsabilidad de los laicos en la Iglesia. Se les ha de encomendar con confianza cargos de confianza a favor de la Iglesia y darles libertad y oportunidad para actuar; más aún, ánimesles incluso a emprender obras por propia iniciativa.

Para hacer realidad su presencia activa en la comunidad eclesial y aún en su labor misional en el mundo, el laico tendrá que colaborar o relacionarse con los diversos estamentos eclesiales. La eficiencia de esa presencia activa dependerá en gran parte del tipo de relación que tenga con laicos. Por lo cual es necesario conocer las funciones del laico, diversas y complementarias de las que corresponden a los ministros ordenados.

Sólo como consecuencia de una reflexión teológica sobre la naturaleza misma de la Iglesia, se puede valorar la función que les corresponde a los diferentes miembros que la integran y de los que en ella representan el ministerio y la vocación de los laicos. Desde que comenzó a profundizarse la naturaleza de la Iglesia como Pueblo de Dios, se tomó una conciencia más lúcida de algunos aspectos que obligaban a renunciar a toda concepción unilateral y exagerada de la Iglesia como corporación jurídica representada en forma exclusiva por la jerarquía clerical. Se vino a caer en la cuenta del puesto del laicado en la Iglesia y de las relaciones mutuas entre el ministerio sacerdotal y el laicado.

Como resultado de esta distinción del ámbito entre clérigos y laicos, así como de la tendencia a equiparar a la Iglesia con sus representantes jerár-

quicos, se ponen los fundamentos en un dualismo intraeclesial que ha encontrado su formulación clásica en el decreto de Graciano: «Existen dos géneros de cristianos». Uno que se dedica a la contemplación y a la oración y que se retira del estrepito de las cosas temporales, y otro que son los laicos y que viven y se ocupan de las cosas temporales.

Dado que Jesucristo, supremo y eterno Sacerdote, quiere continuar su testimonio y su servicio por medio de los laicos, los vivifica con su Espíritu y los impulsa sin cesar a toda obra buena y perfecta.

Hablamos de un sacerdocio real de todos los fieles por medio del sacramento del bautismo que establece un principio de unidad entre todos, clérigos y laicos, de tal manera que su trabajo en común resulta como una colaboración entre los diversos miembros de un mismo cuerpo. Aún reconociendo la diferencia esencial, y no sólo de grado, que existe entre el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial, afirma claramente que se ordenan el uno al otro, pues ambos participan del único sacerdocio de Cristo. La función de los fieles, en virtud de su sacerdocio regio, es concurrir a la ofrenda de la Eucaristía y ejercer ese sacerdocio en la recepción de los sacramentos, en la oración y en la acción de gracias, mediante el testimonio valiente de una vida cristiana animada por la caridad (cf LG 10).

Pero, a cada uno de estos estados, por voluntad divina corresponde una función propia que no es intercambiable. Pues la distinción que el Señor estableció entre los sagrados ministros y el resto del Pueblo de Dios lleva consigo la solidaridad, ya que los Pastores y los demás fieles están vinculados entre sí por recíproca necesidad. «*Los pastores de la Iglesia, siguiendo el ejemplo del Señor, pónganse al servicio los unos de los otros y al de los restantes fieles; éstos, a su vez, asocien gozosamente su trabajo al de los pastores*» (LG 32).

«Los laicos, por medio de la vocación común, participan en la misión salvífica de la Iglesia que procede del Bautismo y de la Confirmación y, especialmente de la Eucaristía, en cuanto que por ella se comunica y se nutre aquel amor hacia Dios y hacia los hombres, que es el alma de todo apostolado» (LG 33).

Por consiguiente, *«el verdadero fundamento de toda colaboración entre clérigos y laicos en la Iglesia no puede encontrarse fuera del ámbito sacramental. Es obvio que la misión salvífica de llevar al mundo la Buena Nueva compete en un sentido especial a los laicos puesto que están inmersos en el mundo» (LG 34).*

El Concilio exhorta a los pastores a reconocer y promover la dignidad de los laicos en la Iglesia; a recurrir a sus prudentes consejos, en tantas cosas en las que tienen buenos motivos para estar mejor informados y en mejor situación que ellos para formarse un juicio de valor sobre ciertas situaciones y problemas. Y no solamente los exhorta a escucharlos, sino a confiarles tareas en servicio de la Iglesia, dejándoles libertad y espacio para actuar, y aún estimulándolos para que ellos emprendan espontáneamente nuevas iniciativas en servicio de la misión y apoyen paternalmente las que ellos mismo les presenten (cf LG 37).

Son obvias las consecuencias que a partir de estos principios se derivan para la vida de la Iglesia en nuestros días, y para la colaboración entre todos sus miembros. Como dice Barauna: **«Damos la impresión de que se habla a los laicos y de los laicos como si nosotros fuéramos sus patronos».**

Para llevar a la práctica estos principios será necesario un cambio de mentalidad, entre clérigos y entre laicos, para renovar estructuras, y corregir todo lo que toca, por parte de los laicos, para superar una mera adhesión pasiva a la Iglesia y sustituirla por una participación activa y responsable.

Aunque es comprensible que a algunos les resulte difícil, será necesario abandonar una equivocada comprensión del ministerio de presidencia de la categoría del «poder» para entenderlo como «servicio». La autoridad en forma de poder supone una concepción ya superada de la Iglesia, como sociedad de desiguales en la que rigen las relaciones de dominio y dependencia. Por el contrario, la autori-

dad entendida como servicio responde a un modelo de Iglesia como comunión jerárquica, pero fraterna, en la que todos participan de las responsabilidades.

«El mayor de ustedes será el que sirva a los demás» (Mt 23, 11). La autoridad en la Iglesia representa a Jesucristo como Cabeza del cuerpo y está al servicio del evangelio, para dar unidad al cuerpo, para animar, coordinar, para obedecer, y cuando sea necesario mandar, que también es una manera de servir.

A este propósito ya el mismo Concilio propone orientadoras enseñanzas sobre el comportamiento de los pastores para con los laicos. Las recomendaciones tienen todo un sentido positivo, exhortando a los pastores a reconocer y promover la dignidad y responsabilidad de los laicos en la Iglesia y a respetar sus derechos.

En lo que respecta al comportamiento de los laicos en la sociedad civil, los pastores no pueden interferir con la libertad de los laicos, que ejercen en ella, su responsabilidad y vocación propia.

Como presupuesto para una colaboración posible, sana y adecuada, la «Christifidelis Laici» propone cinco criterios de eclesialidad:

1. El primado de la vocación de todo cristiano a la santidad.
2. La responsabilidad de confesar la fe católica.
3. El testimonio de una fe firme y convencida.
4. La conformidad y la participación en el fin apostólico de la Iglesia.
5. El comprometerse, a la luz de la doctrina social de la Iglesia, a una presencia en la sociedad al servicio de la dignidad integral del hombre.

Bien sabemos que existe una estrecha relación entre clérigos y laicos, puesto que **«lo que el alma es en el cuerpo, esto han de ser los cristianos en el mundo»**, siempre en busca del mismo ideal harán un gran bien a la Iglesia y robustecida por todos sus miembros, y cumplirán con mayor eficacia su misión a favor de la vida de la Iglesia y del mundo.

En los laicos se acrecentará el sentido de la propia responsabilidad, se fomentará su entusiasmo y se asociarán y multiplicarán las fuerzas al trabajo evangelizador. Los pastores, a su vez, ayudados por la experiencia de los laicos, estarán en

condiciones de juzgar con más precisión y objetividad, tanto los asuntos espirituales como los temporales.

PARA ADHERIRSE AL DESIGNIO DE DIOS CON PLENITUD, Y LLEVAR A CABO SU MISIÓN, LOS LAICOS DEBEN:

Quedarse gustosos en el mundo:

El mundo como el lugar adecuado, porque le ha sido asignado por Dios. Ésta es su vocación y no tiene motivo de lamentarlo, porque puede llevar a cabo una gran misión y producir frutos abundantes de gracia. Las cosas del mundo no son nocivas al espíritu; somos nosotros los que, a veces, las volvemos nocivas utilizándolas contra la ley de Dios.

Los laicos se pueden santificar en el mundo transformando al mundo con su actividad cotidiana y ofrecerlo al Padre en unión con el sacrificio de Jesucristo renovado sobre el altar (cf LG 10).

Llevar a cabo en el mundo las tareas propias, que son, sobre todo:

La procreación en la que contribuyen a la conservación de la especie. El trabajo, físico o intelectual, que constituye una colaboración inteligente con Dios en el gobierno y embellecimiento de la creación. La construcción de una sociedad que corresponda a las leyes de Dios, respete sus derechos soberanos, y que la libertad de cada individuo tienda al bienestar y tranquilidad de todos.

Contribuir a la salvación del mundo:

La colocación en el mundo para los laicos es una realidad y una misión de alto interés común. Con su laboriosidad inspirada en principios de orden superior, con una conducta caracterizada por la coherencia con la fe, con la caridad fraterna por la que participan en las condiciones de vida y en las esperanzas de los demás, con la plena conciencia de sus propias responsabilidades en la construcción de un mundo en que todo esté ordenado a la gloria de Dios y la salvación de las almas, consiguen mejorar, gradualmente, el ambiente de vida y de trabajo (cf AA 13).

Todos los laicos pueden contribuir a la penetración del Evangelio en el mundo, y a su mejoramiento, con el ejemplo, con la palabra, con su misma presencia activa y con la lealtad en las relaciones con los demás.

El laico debe tener una actitud positiva ante el mundo:

- a) El hombre tiene el deber de tomar del mundo los elementos necesarios para promover en la mayor medida posible el desarrollo de sus capacidades psíquicas y físicas, de acuerdo a su jerarquía de valores.
- b) En relación dialéctica con el mundo, debe adquirir los elementos que por la conciencia de su condición de persona, diferenciada de la naturaleza infrahumana y de la colectividad, le ayuden a crecer siempre, personal y comunitariamente.
- c) La experiencia de finitud del hombre y del mundo, de su condición de persona y el conocimiento de los valores positivos de las creaturas deben llevar al ser humano a la certidumbre de la existencia de un Ser infinito, eterno y personal y misericordioso.
- d) Ha de evitar el hombre, utilizar el mundo como medio de huida de sí mismo, como fundamento de una falsa seguridad, como instrumento de opresión para los demás.
- e) Todos han de esforzarse para contribuir a que las estructuras sociales y técnicas en el que el mundo se organiza, sean lo más favorable posible a que todos los seres humanos.

Si queremos ver de manera breve la enseñanza sobre el sentido y el valor del laico en el mundo, puede decirse que el Concilio Vaticano II ha reconocido la existencia en la Iglesia de un estado laical, con una misión específica, una vocación, un modo de vida y una espiritualidad propia.

«A los laicos pertenece por propia vocación, buscar el Reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales. Viven en el mundo, es decir en todas y cada una de las profesiones y actividades del mundo, y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social» (LG 31).

Por lo tanto, la misión específica, aunque no exclusiva de los laicos, es la edificación del mundo a la luz del Evangelio; su modo de vida, el de participar de las condiciones comunes de la existencia familiar, profesional y social; y su espiritualidad, la de santificarse mediante el ejercicio del quehacer cotidiano.

Los Fieles Laicos Mirando al Futuro



1. Llamados al Testimonio:

Es urgente que el laico tome en serio su compromiso cristiano, pues ya es tiempo y las necesidades apremian; ahora, es la hora de los laicos, de tomar partido y comprometerse con su testimonio para transformar el mundo, y colaborar dentro de la Iglesia, por la cual está inserto en el Reino, y ha sido constituido sacerdote, profeta y rey.

Los hombres han de imitar a Cristo que se solidarizó con todo lo humano, para que su servicio brotara de lo más íntimo; su entrega no fue una mera solidaridad, sino un anonadamiento hasta identificarse con la pobreza y miseria que experimenta el hombre. Cristo se hizo siervo y, encarnándose en lo más hondo de la condición humana, nos invita a seguirlo por el camino de la donación y la humildad.

La vocación a la santidad, en la cual participamos por medio del sacramento del Bautismo, nos invita a ser humildes: «**Si uno quiere ser el primero, que sea el último y el servidor de todos**» (Mt 9, 35). Esto se convierte en una regla de oro para el servicio a favor de los hermanos.

La vida ordinaria de los laicos adquiere su auténtico sentido en relación con la misma entrega a favor de los demás, por lo cual la permanencia del laico en el mundo no carece de sentido y tampoco de riesgos y penas.

El trabajo agotador, las preocupaciones de la familia, los intereses económicos amenazan con

ahogar el espíritu, conduciendo a un progresivo olvido de Dios y al descuido de las prácticas religiosas. Para resistir los estímulos interiores y las solicitudes del ambiente, son necesarios, el entrenamiento cotidiano para la lucha, mediante la maduración interior, la formación de un carácter robusto alimentado de manera sobrenatural.

Una formación ascética intensa y cuidada es indispensable al laico para santificarse en el mundo y llevar a término una misión salvífica entre sus hermanos.

La ascesis laical requiere, como elementos fundamentales, el amor a Dios, el sentido de pertenencia a una comunidad concreta, la fraternidad como objetivo común

y la santificación del mundo como vocación propia.

2. Desapego de las criaturas:

El riesgo del mundo se supera con el desapego afectivo de las cosas de la tierra, la separación de su modo de pensar y actuar. El laico cumple sus deberes profesionales, administra los bienes terrenos, sin dejarse absorber por ellos de tal manera que se olvide del último fin. *El desapego del mundo se hace más fácil y fructuoso por el espíritu de fe, que consiste en el hábito de considerar todas las cosas en relación con Dios, a la luz de las verdades reveladas.* El laico halla en todas las cosas un mensaje de amor y de gracia. En lugar de disiparse en la consideración de las realidades



terrestres, encuentra en ellas una solicitud a pensar en Dios, una llamada a la adoración y a la acción de gracias.

3. Fidelidad a Dios:

El laico, en el ejercicio de sus derechos y en todas las manifestaciones de su vida, tiene que inspirarse constantemente en la fidelidad a Dios y a su ley. La conformidad de la conducta con las propias convicciones, es una demostración indispensable de lealtad. La vocación cristiana no se revela únicamente presentándonos al mundo como creyentes o participando en alguna manifestación religiosa, sino que requiere la fidelidad a Dios en la vida privada y en las relaciones sociales, en la actividad interior y en las obras externas, sin ceder a oportunismos tácticos que llevan insensiblemente a conformarse con la mentalidad del mundo.



Es necesario formar al laico para que viva simultáneamente su crecimiento en Cristo, su comunión eclesial y su inserción en el mundo. No basta formar apóstoles que vayan generosamente al mundo; hay que formar, desde las dramáticas condiciones del mundo, cristianos que vayan creciendo en Cristo y edificando la Iglesia.

El cristiano de hoy no será capaz de dar razón de su fe, como algo creíble y significativo para sus contemporáneos y como respuesta válida a los interrogantes provocados por el desarrollo de la ciencia y por los problemas de su época, al menos que esté en posesión de un sólido conocimiento de los fundamentos de su creencias religiosas y haber adquirido

una fuerte experiencia de Dios en la que los conocimientos lleguen a integrarse.

4. Vida interior:

El laico, ante el dinamismo de la vida moderna, la urgencia del trabajo y la multiplicidad de distracciones cotidianas, tiene un motivo particular para cultivar celosamente su vida interior. «Cuanto más contrastada está la vida sobrenatural por las circunstancias, tanta más necesidad hay de utilizar los medios de recuperación y conservación ofrecidos por la misericordia divina: la oración y los sacramentos». La santidad florece en la Iglesia con vigor siempre nuevo, se reviste de formas diversas, se adapta a cualquier estado de vida. Para conseguirla no es necesario renunciar a la familia, al trabajo, a la profesión, a la posición social. Basta vivir en el lugar asignado por Dios, cumplir la misión confiada por él, renovando cada día el propio ofrecimiento, con gesto de reconocimiento y gratitud (cf LG 39-42).

Una vez que hemos descubierto la necesidad de una vida cada vez más íntima con Cristo, nos damos cuenta de la necesidad que hay por trabajar para transformar el mundo necesitamos unir fuerzas para lograr proyectos.



Acompañamiento del Asesor Eclesiástico a los Organismos Eclesiales de Laicos

En todo movimiento o apostolado laical, aparece, con una cierta relevancia, la figura del asesor eclesial. Entre las funciones que se le asignan está la de «acompañar» a los cristianos laicos en su recorrido espiritual y en su proceso de crecimiento en la fe.

¿Cómo debe ser el acompañamiento de los sacerdotes a los cristianos laicos?

Lo primero es que debe parecerse lo más posible al acompañamiento de Jesús: cercano, entregado, servicial, respetuoso, propositivo y ejemplar.

El Concilio Vaticano II, en el decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros, dice que los sacerdotes deben actuar, en el acompañamiento de los demás, como auténticos servidores de la comunidad y con la clara conciencia de que también ellos, los sacerdotes, están necesitados de acompañamiento por parte del Señor y de los hermanos.

A continuación, puntualiza las responsabilidades pastorales que se confían a los sacerdotes en el servicio de acompañamiento a los cristianos laicos:

1. Aunar el trabajo con ellos. Trabajar codo a codo con ellos, sumando esfuerzos e ilusiones.
2. Promover su dignidad y la responsabilidad que les corresponde en la misión de la Iglesia. Los cristianos laicos no son cosas ni tampoco monaguillos. Como bautizados poseen su dignidad y su lugar en la Iglesia.
3. Escucharles de buen agrado. No sólo por caridad, para que se sientan atendidos, sino porque sus aportaciones son valiosas e interesantes. De ahí se deriva el tener en cuenta sus opiniones.



4. Reconocer su experiencia y competencia en los distintos campos de la actividad humana. Hay laicos que se han formado durante una buena parte de su vida de manera importante y es necesario caminar con ellos sin ningún género de paternalismos.

5. Buscar con ellos los signos de los tiempos. Vivir la realidad, sin anclarse en un pasado que no volverá o soñar con un futuro que aún no ha llegado.

6. Fomentar sus carismas, propiciando que se empleen para el bien de la comunidad.

7. Encomendarles servicios en la Iglesia invitándoles a emprender obras por su cuenta. Es decir, barrer de clericalismo nuestras comunidades.

8. Ayudarles a crecer en la santidad de la vida. Respondiendo así a la interpelación del Concilio Vaticano II de que «todos los bautizados estamos llamados a la santidad».

9. Llevarles a todos a la unidad en la caridad. Evitando fricciones, envidias, polémicas estériles, divisiones, etc., que dicen muy poco de miembros de una misma Iglesia.

10. Armonizar las distintas mentalidades para que nadie se sienta extraño en la comunidad, fomentando con ello la comunión eclesial.

11. Ser en lo posible, objetivos y realistas. Los sacerdotes deben tomar conciencia de la realidad a la que son enviados.

12. Tener en cuenta al acompañar a cada laico; su situación personal, su historia, su recorrido espiritual y su situación vital y psicológica.

La tarea del «acompañamiento», debe caracterizarse siempre por la cercanía, la humildad y la escucha, tres joyas inestimables para el crecimiento de todos y el sano desarrollo de la Iglesia en el mundo.

En busca de los Católicos Alejados

P. John McCloskey



Una de las misiones monumentales que enfrenta la Iglesia Católica es la recuperación de nuestras ovejas perdidas ayudándoles a volver al redil. Son católicos recuperados los que han regresado después de haberse alejado de la Iglesia, y hay millones de estos hijos pródigos. Debemos ser para ellos como el Padre misericordioso que corre en su busca, los encuentra a mitad del camino y luego los acompaña al hogar y al banquete sacramental.

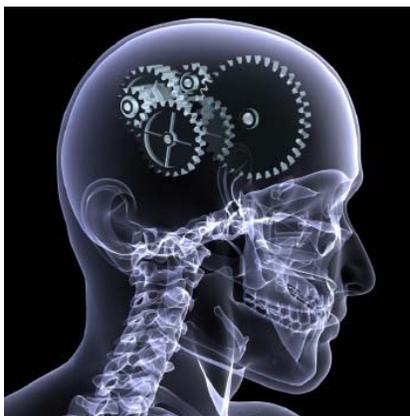
Somos los «Técnicos médicos de emergencia para la fe», llamados a suministrar resucitación cardíaca. Debemos prepararnos para dar cuidados de rehabilitación a largo plazo. Providencialmente, nuestros familiares, amigos o colegas que se han alejado de la fe, están sólo a la distancia de una buena Confesión para culminar su reconciliación con Cristo aquí en la tierra: A un parpadeo nada más de la amorosa acogida del Padre en su brazos. Tenemos que estar con ellos hasta el final, con nuestras oraciones, sacrificios y amistad. Del Purgatorio nos preocuparemos más tarde. La Iglesia nos da los medios para auxiliar a las almas aún después del juicio particular.

«Porque el Hijo del hombre ha venido a salvar lo perdido... Si uno tiene cien ovejas y se le extravía una ¿no dejará las noventa y nueve y va en busca de la extraviada? Y si logra hallarla, cierto que se alegrará por ella más que por las noventa y nueve que no se habían extraviado. Así, no es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos, que se pierda ni uno solo de estos pequeñuelos» (Mt 18,14).

El Catecismo de la Iglesia Católica no trata sobre la pérdida de estos católicos ni aconseja cómo buscar que regresen. Porque la Iglesia confía en el espíritu apostólico de sus hijos e hijas para recoger-

los en nuestras redes antes que se pierdan para siempre.

Tenemos toda razón en confiar que en algún momento entraremos en lo que Juan Pablo II llamó una «nueva primavera». Anticipamos los frutos de la nueva evangelización. Basta mirar la amplia variedad de iniciativas católicas en el campo de la educación, la comunicación y la vida familiar. Crecen las conversiones al catolicismo, requiriendo programas RICA. Personas reconocidas en los diversos ámbitos profesionales están abrazando la Fe públicamente.



Sin embargo como Nuestro Señor lo deja implícito, esta futura «civilización del amor» no llegará a su cumplimiento completo hasta que el Padre Celestial haya recibido de regreso en casa a la gran mayoría de las ovejas perdidas. El Padre las ama, nos dice el Buen Pastor, aún más que a quienes han permanecido fieles. ¡Qué misericordioso es nuestro Dios con sus hijos! Cuenta con nosotros para

que seamos sus instrumentos en esta gran tarea y El los quiere a todos de vuelta.

Veamos la presente situación. De aproximadamente sesenta millones de católicos, sólo el 25% aproximadamente practican su fe asistiendo a Misa los domingos en forma regular y confesándose todos los años. Los otros 45 millones de católicos son tibios (Ya sabemos lo que dijo el Señor de los tibios;). Simplemente son católicos «sacramentales» en los momentos clave de su existencia: bautismo, matrimonio, vela y funeral (nacidos, reproducidos y despachados). Desde luego que debe haber millones de ex católicos que ni siquiera figuran en las cifras. No estoy haciendo referencia aquí al típico estudiante universitario o joven adulto que se hace

«cuestionamientos» o se toma una «vacación» de las prácticas católicas -el que decide ir tras los placeres de la inmoralidad, joven y sano sempiterno, hasta que el matrimonio y la familia lo despiertan de su sueño cartesiano y enfrenta la realidad del trabajo y los hijos. No me estoy refiriendo al católico acomodado en su sofá, carente de fuerza de voluntad para arrepentirse y cambiar de vida por el momento. Prefiere dejar para más adelante su Confesión hasta un poco antes de morir y pasar por el Juicio Final, según llegue primero lo uno que lo otro. Una desagradable sorpresa puede estar esperándolo.

Sin embargo muchos otros millones de personas aparentemente han abandonado la Iglesia clara y definitivamente. No profesan la fe ni viven una vida de sacramentos y oración. No rigen su conducta de acuerdo a las enseñanzas de la Iglesia o consideran que estas enseñanzas son demasiado autoritarias o divinas.

Otros simplemente se dejan llevar dentro de una existencia burguesa americana que se reduce a trabajar durante la semana, y a divertirse por las noches y los fines de semana. Las vacaciones anuales sirven nada más que para buscar otros placeres en otros sitios y así continúan hasta que la muerte los separa.

Otros profesan un credo superficial y asisten a los cultos de iglesias protestantes liberales (es como abordar un barco que se está hundiendo). Millones de otras personas se han afiliado a grupos evangélicos y fundamentalistas, sectas y cultos extraños o enormes iglesias independientes. Al descubrir el vacío que hay en sus vidas buscan como llenarlo abrazando las diversas formas de tendencias religiosas no católicas. Este movimiento se enmarca dentro del gran espíritu subjetivo de la cultura americana en que el individuo es el único árbitro de la Sagrada Escritura y de su propia conciencia. El estilo de vida americana consiste en «venerar al Dios que uno escoja», según dijo uno de nuestros presidentes, así como la mítica separación de Iglesia y Estado. Como lo habría dicho Walt Whitman nuestro poeta americano por antonomasia, «Se cantan y se alaban a sí mismos».

Estoy seguro que todos los lectores de este artículo tienen algún amigo, familiar, colega o conocido que cabe dentro de una de estas catego-

rías. Cuántas lágrimas se habrán derramado, cuántos corazones se habrán destrozado, cuántas voces se habrán alzado, cuántas noches de insomnio, matrimonios destruidos y familias separadas desde la década de los 60's cuando literalmente millones de católicos desertaron de la Iglesia.

Muchos se han alejado, como dicen «después de doce años de educación católica» y pareciera que se han despojado de sus creencias con la misma facilidad con que se quitan los zapatos. Creo que este éxodo no tiene precedentes en la historia de la Iglesia.

Es claro que enormes cantidades de católicos se perdieron como consecuencia de las persecuciones y martirios en el imperio Romano antes de proclamarse el Edicto de Milán. Otros desaparecieron en grandes grupos durante las jihads Islámicas que tuvieron lugar en el Oriente Medio y en el Norte de África. Otros millones se perdieron bajo el despiadado régimen ateo y comunista de China.

La situación es grave en países de grande población católica. Lo especialmente penoso para quien tiene una perspectiva histórica es ver cómo los sacrificios de las generaciones de católicos fieles que vivieron y transmitieron su fe bajo circunstancias difíciles, ven ahora que sus descendientes la echan a un lado. Ellos vivieron su fe con heroísmo, y hasta dieron su vida por la libertad religiosa, sólo para ver desde su perspectiva de la vida eterna, y ven ahora cómo sus descendientes la descartan como 'irrelevante'. Podemos consolarnos pensando que estos fieles católicos de seguro están intercediendo ante Dios por sus hijos y los hijos de sus hijos. Dios ha de escucharlos.

Examinemos la causa de estas deserciones. En temas sobrenaturales debemos buscar cómo entender la raíz del problema. Hay que atender la enfermedad, no sus síntomas.

¿Por qué estas personas han abandonado la Iglesia? Primero que todo, es un misterio, ya que no podemos asomarnos en sus mentes o en sus corazones. En última instancia ellos son responsables ante Dios por sus decisiones. No obstante el Catecismo nos proporciona algunas claves: «El desconocimiento de Cristo y de su Evangelio, los malos ejemplos recibidos de otros, la servidumbre de las pasiones, la pretensión de una mal entendida autonomía de la conciencia, el rechazo de la autoridad

de la Iglesia y de su enseñanza, la falta de conversión y de caridad pueden conducir a desviaciones del juicio en la conducta moral» (CEC 1792).

Esto nos debe quedar absolutamente claro, a la vez que mantenemos un espíritu de comprensión, misericordia y perdón. La mayor parte de las personas que se alejan de la Iglesia lo hacen debido a faltas morales. No están preparados para someter sus pecados al juicio y a la misericordia de Dios y de la Iglesia por medio del sacramento de la Penitencia. Esta renuencia a pedirle perdón a Dios por haberlo ofendido, conduce a la racionalización y a la autojustificación. Con el tiempo, esto lleva a la pérdida de las virtudes de fe, esperanza y caridad, necesarias para alcanzar la vida eterna.

La ignorancia religiosa puede mitigar la culpabilidad por estas faltas morales. Y esta ignorancia religiosa es el resultado de décadas de descuido por parte de los fieles en su deber de catequizar. Recordemos que Dios no nos pide que juzguemos sino que llamemos y demos comprensión y acogida a los que regresan a la fe. Reconociéndonos pecadores, esto no nos debería de sorprender. Es nuestro deber orar constantemente primero por la conversión de sus corazones. Las mentes vendrán a continuación.

Desearía enfatizar en primer lugar la importancia de tener una legítima relación de amistad con la persona, aún cuando se trate de un familiar. La palabra ‘amistad’ posee un significado especial como ‘la sincera donación de uno mismo’ al otro. La verdadera amistad significa compartir siempre lo mejor que tenemos sin reserva alguna. Para los católicos esto significa compartir a Cristo y su Iglesia.

Lo único que nos ha de interesar es la felicidad de nuestro amigo aquí en la tierra y su destino en la vida eterna, sin motivos ulteriores o agendas secretas. No venimos a juzgar o condenar, analizar o despreciar sino a ayudar a un amigo. En última instancia la existencia de la Iglesia tiene por objetivo perdonar los pecados aplicando los méritos de Cristo por medio de los sacramentos. Lo que queremos es que ellos lleguen a creer que en verdad ‘la vida es Cristo y la muerte es ganancia’. Quizás la mejor manera de ayudarle a nuestro amigo a regresar a la Iglesia sería preguntarle durante una conversación amistosa por qué se alejó de la Iglesia en primer lugar. Ya sabemos por supuesto que en realidad no existen ‘buenos motivos’ para abando-

nar la Iglesia. Sin embargo abundan los malos motivos y nuestro amigo seguramente nos dará unos cuantos.

Habrà que atender sus respuestas cuidadosamente, diagnosticando sus motivaciones con mucha paciencia. Se trata de razones intelectuales o morales, o es simple ignorancia? Probablemente nos dará un conjunto de emociones normales tales como la ira, el rencor, los resentimientos personales, los sentimientos heridos y supuestos menosprecios. Todas estas reacciones irán acompañadas de excusas desgastadas y racionalizaciones. Usted como yo las hemos escuchado todas. Su amigo debe saber que usted lo comprende perfectamente a la vez que defiende el Evangelio y las enseñanzas de la Iglesia, sin concesiones.

Escúchelo hasta el final, aunque tome muchas horas y numerosas conversaciones, y sólo entonces podrá comenzar a hablarle de sus problemas u objeciones. Esto lo podrá hacer después de haber meditado seriamente sobre el tema durante la oración y de haber implorado la guía del Espíritu Santo. El propósito es que usted esté en condiciones de hablar con convicción acerca de ‘la razón de la esperanza que hay dentro de usted’. En su amigo esta esperanza está perdida por el momento.

Probablemente sea necesario que estudie las enseñanzas específicas de la Iglesia sobre las cuales su amigo tiene objeciones, de manera que se las pueda explicar en forma clara y atractiva. Sería bueno que consultara también con un católico bien ilustrado que lo guíe en la dirección correcta acerca de las fuentes a qué acudir y que le dé la sabiduría de su propia experiencia en el rescate de las ovejas perdidas.

Hemos de presumir que hay algo de buena fe de parte de su amigo, que esté en disposición de escuchar al menos parcialmente, lo que usted le diga. Su mente y su corazón deben estar abiertos a la posibilidad de que quizás ha escogido el sendero equivocado. Su disposición va a depender en gran medida del grado de su amistad con usted y de lo que el Cardenal Newman llamaba su ‘influencia personal’.

Lógicamente va a prestar mucha más atención si ve en usted a un católico feliz y bien ajustado. Claro que va a notar sus defectos y fragilidades humanas pero igualmente quedará impresionado por sus

esfuerzos en vivir una ejemplar vida cristiana. Observará la conexión entre la vida interior y la vida exterior de un católico observando su vida de oración, confesiones frecuentes, asistencia a Misa y lecturas bíblicas.

Entre las personas que potencialmente regresarían a la Iglesia se oye la queja de que hay ‘hipocresía’ en la vida de los cristianos. Y a veces tienen razón. Debemos tratar de ayudarles a entender que la mejor forma de juzgar una institución es fijándonos en las personas que tratan de vivir de acuerdo a sus ideales y no en las personas que no lo hacen. Esa es la razón por la que la Iglesia nos propone a los Santos como los modelos de la institución. Con la gracia de Dios ellos han imitado a Cristo en esta vida y no sin tremendas luchas. La santidad es la descripción del trabajo de los cristianos serios. Si nuestro amigo mira que la santidad es nuestro ideal, pondrá mucha atención y el Espíritu Santo actuará por nuestro medio para llevarlo al camino del arrepentimiento.

Gradualmente deberá reintroducirse a la práctica de los sacramentos y la liturgia católica. Llévelo a Misa; a visitar al Santísimo, explíquele el significado de las costumbres católicas y de los sacramentales. A lo mejor nunca vivió ni entendió estas prácticas. Procure que tenga buenos libros y folletos católicos. Introdúzcalo a páginas de Internet, programas católicos de radio y televisión. Estos medios responderán muchas de sus interrogantes y le revelarán, a menudo por primera vez, el ‘esplendor de la verdad’. Preséntele también a sus amigos católicos devotos en ocasiones sociales y familiares.

A medida que usted ahonda en su vida y él se abre más, podría encontrarse con una situación marital pasada o presente que necesita solución. A lo mejor nunca se ha confesado ni ha recibido la Primera Comunión o la Confirmación. A lo mejor ha participado en abortos o ha estado involucrado en brujería u ocultismo. Quizás sea necesario referirlo a un buen psicólogo o psiquiatra católico. A lo mejor sus problemas necesitan un enfoque de grupo.

Al igual que usted, yo me he encontrado en este tipo de situaciones y muchas otras en relación con amigos y familiares que potencialmente regresarían a la Iglesia. El demonio ha tenido mucho éxito en el siglo XX y ha dejado su horrible marca por todos lados en nuestra ‘cultura de la muerte’. No

haga suposiciones en el caso de su amigo. La única realidad es que es una oveja perdida. Jesús está deseoso de traerlo de regreso al redil, no importa lo mucho que se haya alejado o lo bajo que haya caído. No muestre sorpresa por nada. A no ser por la gracia de Dios a cualquiera le puede pasar lo mismo.

Llegará el momento en que él ‘deba presentarse al sacerdote’ como nos dice el Evangelio. Procure encontrar un sacerdote amigo suyo, que esté ansioso de atender Confesiones, otorgar dirección espiritual y abrazar a este hijo pródigo. Sería bueno que le dé los detalles de cómo su amigo llegó hasta este punto. Deje después que aplique la gracia salvífica de Dios en este Sacramento de la Reconciliación y cualquier otro Sacramento que necesite para regresar a Casa.

¿Qué pasa si sus esfuerzos no dan fruto, y su amigo por cualquier variedad de malos motivos continúa alejándose de Dios, encaminándose a su perdición? Su actitud debe ser que nada está perdido hasta que se pierde. Continúe orando, sacrificándose, dando buen ejemplo, que su amigo sepa que usted lo ama incondicionalmente en el Señor. Usted deberá estar siempre allí presente, para él. Dios nos ha dicho que nos dará lo que pidamos en oración, y nosotros estaremos pidiendo para que nuestro amigo vuelva al redil. El Señor nos responderá en su tiempo y en su forma. Si bien el regreso de una oveja perdida nos regocija profundamente, sabemos que hay millones más que atraer. Por el momento tendremos la santa satisfacción y el consuelo de las palabras de la Carta de Santiago 5,18-20: «Hermanos míos, si alguno de ustedes se extravía de la verdad y otro logra reducirle, sepa que quien convierte a un pecador de su errado camino salvará su alma de la muerte y cubrirá la muchedumbre de sus pecados.» Aunque fuera sólo por egoísmo, esta promesa es un incentivo poderoso para continuar la búsqueda de las ovejas perdidas.

Estamos ante una disyuntiva final: O Dios o Yo. Como decía San Josemaría Escrivá: «El Señor nos ha mostrado este refinamiento de Amor: nos ha permitido que conquistemos el mundo para El. El es siempre tan humilde que ha deseado limitarse a hacerlo posible... A nosotros nos ha dado la parte más agradable: entrar en acción y ganar la victoria». Para nosotros la parte más agradable es actuar como instrumentos de Dios y llamar al abrazo del Padre a los católicos alejados.

Consejos para salir a Evangelizar a los Alejados

APUNTES DE UNA CONFERENCIA DEL P. THOMAS FORREST



1. **SÉ AMABLE.** Ningún pescador limpia el pescado antes de capturarlo. No asustemos la presa.
2. **SÉ PACIENTE.** «Déjala un año más» (Lc 13,6-9). Cristo nos envía a pescar y sembrar, no a comerciar un potencial.
3. **PREOCÚPATE DE TODOS.** Llevar a Cristo a los que no tienen nada, y también a los que lo poseen todo menos a Dios.
4. **INVITA A TODOS.** A quien conoce a Jesús, para que evangelice; a quien no lo conoce, para ser evangelizado.
5. **COMIENZA POR LOS QUE ESTÁN A TU ALREDEDOR:** amigos, familiares, trabajadores, vecinos, compañeros, clientes, socios...
6. **PON TODA TU CONFIANZA EN DIOS.** Dejar que Él nos encuentre. Se gana el mundo para Cristo, como David frente a Goliat (1 Sm 17,45).
7. **HAZ ORACIÓN.** La oración es el alma y el corazón de la evangelización.
8. **PIDE CONSTANTEMENTE ESPÍRITU SANTO.** Es el poder creador y renovador de Dios. La Misión es un nuevo Pentecostés. Él inspira palabras, alabanza y defensa. Sólo Dios puede hablar de sí mismo convincentemente.
9. **HAZ QUE SEA UN ESFUERZO UNIDO.** Unánimes esperaron el Espíritu en el cenáculo. Experiencia de pertenecerse unos a otros. Da dinamismo a la Misión (Jn 17,21).
10. **TRABAJA POR LA IGLESIA.** En una familia, todos se apoyan y se ayudan. Debemos procurar que el Cuerpo de Cristo crezca sano, se mantenga vivo, se revitalice y fortalezca (EN 14).
11. **PREPÁRATE.** Se trata de evangelizar el mundo entero, un auditorio más numeroso que cualquier red de comunicación. Exige mejor preparación que cualquier conductor, presentador o comentarista. Dios nos envía a anunciarlo a Él.
12. **USA EL LENGUAJE CORRECTO.** Directo, sencillo, práctico, paso a paso, como lo haría Jesús.
13. **PRESENTA EL PAQUETE COMPLETO.** La Palabra de Dios, anunciada con el poder del Espíritu, hace crecer.
14. **HAZLO TODO.** A la vez activo y contemplativo, orar y evangelizar, estar con Cristo y llevarlo a los demás, oración y acción, fe y obras (St 2,17).
15. **CONVÉNCETE DE LA IMPORTANCIA DE EVANGELIZAR.** La mayoría se hunde en las malas noticias; requieren la Buena Noticia de la salvación en Cristo.
16. **SÉ DETERMINADO.** Una buena noticia la llevaban los heroicos heraldos, los cuales, para llevar la noticia hasta su destino, eran capaces de correr hasta morir. Los evangelizadores son los heraldos de la victoria de Cristo sobre el mal.
17. **SÉ VALIENTE.** Insiste, abre puertas, y deja que Cristo haga el resto.
18. **PREPÁRATE PARA LA CRUZ.** María, al pie de la Cruz, evangelizaba, aceptando y compartiendo cada dolor.
19. **EMPIEZA ENSEGUIDA.** Sobran los «mañana». Es preciso ocuparnos hoy de los asuntos del Padre, que no puede esperar.
20. **NO TE ECHES ATRÁS.** «Pedro ¿me amas? Apacienta mis corderos» (Jn 21,15-17). «No nos cansemos de hacer el bien, que a su tiempo vendrá la cosecha si no desfallecemos» (Ga 6,9).

Diálogo y Proceso de Ayuda



INTRODUCCIÓN

«Muchas veces los lenguajes utilizados parecieran no tener en cuenta la mutación de los códigos existencialmente relevantes en las sociedades influenciadas por la post modernidad y marcadas por un amplio pluralismo social y cultural» (A 100).

No tenemos un solo tipo de alejados. Tampoco se puede generalizar. Las circunstancias son diversas, y cada persona o cada situación tienen su modo de reaccionar, su tono, su temperamento... Hay un deslizamiento de la sociedad actual hacia la indiferencia, diversas formas de increencia, enorme variedad de situaciones, procesos e itinerarios.

Podemos hablar de distintos tipos de alejados: Desencantados. No creyentes. Agnósticos. Creyentes no practicantes. Los que seleccionan aspectos del cristianismo. Practicantes no creyentes. Sincretistas. Tibios. Católicos culturales no integrados. Alejados duros, opuestos a la Iglesia. Élités descreídas. Mundo de la movilidad humana. Movimientos de religiosidad. Guetos antisociales.

PASOS A DAR:

Anteriores al proceso:

Prepararse: cuáles son las posiciones del otro, los puntos a discutir, anticipar contraargumentos y concesiones, buscar terreno común.

Debemos trabajar en el estudio de nuestra fe y de la realidad. No sólo como preparación para la discusión o la exposición de temas, sino más bien para estar en disposición de ayudar a todo aquel que busque sinceramente la verdad.

Estar muy alerta a las oportunidades de contacto. Hay ocasiones perfectas para acercarse a las personas afligidas, pues en tiempos de prueba, cuando falla todo apoyo humano, sus palabras espirituales serán recibidas con gratitud, y, bien cultivadas, podrán ser semillas destinadas a producir grandes frutos. Abundan oportunidades de establecer contacto con alejados, resentidos,

anticlericales, acatólicos, indiferentes, ateos prácticos. Los misioneros pueden hacerles mucho bien si se portan con ellos de una manera verdaderamente cristiana.

Diagnóstico cuidadoso sobre las situaciones de fe, de pecado y de oportunidades de gracia en la comunidad a trabajar.

Crear un clima de acogida e integración de los distintos tipos de alejados.

Los equipos parroquiales, comisiones, grupos apostólicos y movimientos, deciden lanzarse a buscar y trabajar pacientemente a los alejados.

Inicio del proceso:

La Misión con los alejados es sobre todo de persona a persona. Ha de ser en el contacto personal, informal, aunque planificado.

Organizado el proceso de catecumenado, debemos ir a buscarlos para hablar con ellos. La falta de perseverancia se debe, no tanto a que se pierda el deseo de ser católico o perseverar, sino a circunstancias fortuitas, que interrumpen la continuidad en el proceso de formación o su acompañamiento; y la vergüenza o la pereza impiden luego reanudarlas.

Encuentro humano que genera confianza para abrirse. Estimular la atención mutua.



Concentrarse más en las emociones que en los hechos. ¿Qué significan sus lágrimas? ¿dónde está lo doloroso de toso esto?

Un lenguaje corporal positivo. Evitar posturas o expresiones combativas, que provocarían hostilidad. Ayuda sonreír, relajarse, ser optimista y positivo.

Narración del problema, sin preguntas, limitando el tiempo.

Mantenerse en el punto central, no divagar, ni cambiar tema, volver al punto cuantas veces sea necesario.

Identificar los mecanismos de defensa y justificaciones.

Aceptación incondicional de la persona a pesar de sus fallas. Ser flexible. No se puede negociar manteniendo objetivos rígidos. Saber en qué puntos puede cederse.

No acusar. Aunque se sienta ofendido por su oponente, evitar ataque. En calma expresar que no puede estar de acuerdo, aunque intenta hacerlo.

Utilizar las sesiones que sean necesarias, con paciencia, sin desesperarse incluso cuando parece que se vuelve desde el principio. Las vivencias no siempre pueden expresarse y comprenderse del todo, y no es fácil manejar los sentimientos que encierran.

Resumen de resultados parciales. Ser específico al ofrecer sugerencias; realistas ante las necesidades; comprensivos ante la ambivalencia.

Mantenerse frío, pues perder la compostura dificulta la claridad de pensamiento y de expresión. Preferible pedir una pausa para continuar después, ya serenados.

Controlar los procedimientos. No dejarse atrapar por las negociaciones. ¿Se avanza, o estamos atascados? ¿qué alternativas surgen? ¿debe replantearse la cuestión desde otro ángulo o plantearse una nuevo tema?

Planear ciertas etapas del proceso, según los puntos de dificultad.

Mantener el paso firme, con un continuo flujo de ideas. Dar suficiente tiempo a cada cuestión o tema, para pensar las propuestas mutuas y no aceptar soluciones precipitadas.

Remitir a las personas, grupos o instituciones que puedan ayudar.

Aclaración de ideas y conceptos

Imagen que tienen de Dios:

¿Propicio o severo? Es cercano y tiene un proyecto de amor y perdón.

¿Soberano o limitado por leyes naturales y la libertad humana? Su providencia y presencia no es destino fatalista. ¿Por qué permite el mal? (devolver la pregunta) El mal estropeó su proyecto, pero respeta la libertad del hombre.

¿Castigador o misericordioso? Hay retribución del pecado (Gn 6,5-9; Hbr 12,7-11). ¿Nos va mal porque hay algún pecado (oculto)? Dios es a la vez juez, padre y redentor amoroso.

Idea que tienen sobre el hombre:

A la vez polvo y soplo divino (Gn 2,7); carne que ve a Dios (Jb 19,26). No se oponen materia y espíritu, carne y alma, sino se integran en la unidad. Pero los valores materiales deben someterse a los superiores. Sólo hallamos nuestro sentido a la luz de Dios que se hace hombre para redimirnos y destinarnos a la comunión eterna con Él.

Su concepto de la salvación:

¿Presente o futura? ¿temporal o eterna? Habrá resurrección (Is 26,19; Dn 12,2; Ez 37; 1 Co 15; Ap 21,1-8). Pero tenemos la tarea de transformar este mundo con los criterios del Evangelio.

Sus ideas acerca de la Iglesia:

La Iglesia aparece ante la gente, con razón o sin ella, como una institución lejana a sus problemas, sensibilidades y mentalidades, o como un poder totalitario pasado de moda que quita libertad. Acusan a la Iglesia de opinar, meterse en política, escandalizar, omitir... No han entendido que la Iglesia somos todos.

Identifican a la Iglesia con el clero, los Obispos, o el Papa; y no se sienten parte de ella, aunque estén bautizados y soliciten sus servicios.

La Iglesia de Jesucristo, de acuerdo a lo que Él quiso que fuera, no es poder, ni puras estructuras, ni ritos vacíos, ni puras ilusiones, ni un simple museo religioso. Es una realidad humana vivificada por la presencia divina: una rd de comunidades que refle-

jan la comunión con Dios presente, actuante, dador de vida y de la alegría de vivir.

La Iglesia es la familia de los hijos de Dios, donde lo llamamos «papá» (Mt 6,10-13). Es comunión entre los hombres por la gracia de Dios. Es pueblo de Dios en camino hacia su meta definitiva.

Jesús, «cabeza de su Cuerpo que es la Iglesia», convoca en ella a los suyos para estar con Él y mandarlos a anunciar la buena noticia de la salvación y del amor.

Descubrir y afrontar los factores que contribuyeron al alejamiento

Los patrones de relación entre las personas y las instituciones.

Las experiencias vividas desde la infancia y relacionadas con la Iglesia.

Transferencias y contratransferencias.

Incapacidad de encarar la realidad.

Auto engaños y resistencias a recibir ayuda.

Situaciones de pecado que están en el fondo.

Ante las crisis:

Buscar la comunicación y hasta forzarla, no permitir aislarse.

Reducir la crisis a lo esencial, sin divagaciones.

Empatía; estímulo positivo aunque realista.

Hacer un inventario de capacidades y recursos.

Atención a los factores que la producen: duelo reciente, separación matrimonial, defectos de personalidad, obsesiones, problemas, etc.

Acercarnos con la convicción de que nuestro prójimo hará lo que intentamos sólo si quiere hacerlo y lo quiere libremente. «A fuerza ni los zapatos entran». Así actuó Jesús: «Si quieres ser perfecto» (Mt 19,21); «Si alguno quiere salvar su vida» (Mt 16,25).

Es necesario conocer las aspiraciones, anhelos, problemas, de la otra parte. Como Jesús con la samaritana o con los de Emaús.

Es preciso buscar el momento oportuno, cuando ambas partes estén en actitud serena y optimista. Prv 27,14.

Con actitud de aprecio y valoración. Sir 6,5; 18,15-17.

Acentuar los acuerdos; un «no» inicial cerraría el camino. 2 Sm 14,1-24.

Dejar que la otra persona se explye ampliamente, sin interrumpirla, pues sólo desahogándose prestará atención. Sir 5,11; 20,1-8.

Dejarnos interpelar por lo que nos dicen; tratar de entender qué quiere decir con eso; descubrir los aspectos de verdad dolorosa que se esconde en sus palabras. No responder precipitadamente. Prv 18,13; Sir 11,8.

Si queremos que la otra parte ceda, es preciso estar dispuestos también a ceder en algo de lo que podemos; sólo así hay sinceridad. Prv 12,1.15; Mt 5,25.

Evitar expresiones que desafían y empujan a defenderse, como: «estás equivocado», «eso es falso». Prv 12,15.

Podría corregirse diciendo: «Yo te respeto, y sin duda tienes razones para pensar así; mi opinión es diferente; voy a exponértela, para que dialoguemos; si estoy equivocado, estoy dispuesto a corregir mi modo de pensar».

Ayudemos a encontrar una salida honrosa ante un error, que no sea humillarse. Como si sólo fuera deferencia de palabras o aspectos insignificantes.

Canalizar hacia algún especialista o centro de ayuda.

Riesgos:

- Involucrarse demasiado con la gente a quien intenta ayudar.
- Ser manipulado, chantajeado o acaparado por esas mismas personas.
- Caer en indiscreciones e incluso en enamoramientos.
- Desesperarse pronto, o, por el contrario, ser demasiado indulgente.

Constantes a lo largo de todo el camino, por largo que sea

Sir 8,1-4; 1 Co 11,16; Jn 13,1-35; Mc 10,35-45.

No busquemos el propio provecho, sino el de los demás. Si deseamos utilizarlos, nuestras propuestas resultarán desagradables y ocasionarán rechazo.

El mejor medio de ganar una discusión es evitarla. Es mejor llegar a un acuerdo favorable, en que no haya ganador y perdedor, sino gane la verdad y el bien.

Antes de señalar un defecto o error, anotar elogiosamente un acierto, y reconocer que también nosotros fallamos. Sir 18,19-20; 19,13-17; 29,1-3.

Los errores o defectos se señalan de forma indirecta y suave. Por ejemplo, una pregunta: «¿cree Ud. que daría resultado...?»; «¿lo aconsejaría a sus hijos?». O relatar un caso en tercera persona. 2 Sm 12,1-13.

Reconocer los propios errores crea simpatía, evita acusaciones, desarma al contendiente, facilita el acuerdo, y puede ocasionar que la otra parte reconozca los suyos.

Si la persona se afianza en su error, no cederá si lo acorralamos con argumentos o amenazamos traer más partidarios. Demos tiempo a que reflexione serenamente. Ni los apóstoles entendieron a Jesús a la primera. Sir 8,1-22.

A los demás les interesa resolver sus problemas sentidos. Colaborarán con nosotros si les hacemos ver que es beneficioso para ellos. Cristo a los pescadores los llamó a pescar almas, al joven rico a atesorar en el cielo (Lc 5,1-11; 18,18-22).

Alentar el esfuerzo haciendo ver que los errores, defectos, problemas y fallas parezcan fáciles de superar o resolver. Los elogios llevan al triunfo. Ex 3,1-4.18.

En todo es preciso estar aferrado a Dios, pues la fe es una gracia. 1 Co 1,1-11.

Trabajar por lograr la conversión: cambio de actitudes y comportamientos.

Acentuar lo positivo: fe en la gente, deseo de que las cosas se hagan rectamente, ayuda a los demás, ser honesto, valorar para confiar, sensibilidad ante los problemas, apertura, sentido del humor, flexibilidad, tolerancia a frustraciones, aceptación de las propias limitaciones.

Descubrir el sentido de las cosas a la luz de la fe. Integrar la vida desde esa relación con el proyecto de Dios.

Resaltar las reacciones contrarias a las tomadas hasta ahora.



Considerar todas las opciones, relaciones, aclarar valores, en el análisis de sí mismo.

Corregir la autoimagen.

Hacer los cambios necesarios para mantenerse firme: cambiar de casa, de trabajo, de amistades, de rutinas de vida, de ambientes de diversión...

Integrar con suavidad a la vida de la comunidad.

Concluir de modo decisivo, cuando ambos tienen claro el acuerdo. reafirmar punto por punto, para evitar malentendidos y reclamaciones.

Planear el futuro, en el cual ya no necesite ayuda

Impulsar al crecimiento integral.

Establecer metas apropiadas.

Considerar todos los escenarios posibles.

Usar los métodos apropiados.

Ver los medios de acompañamiento.

Consolidar la relación pastoral por medio del diálogo y la confianza que invita al crecimiento.

Ofrecer grupos apostólicos, de evangelización o comunidades de crecimiento para dar continuidad al proceso, y centros de formación.

Invitar a que se siga formando al servicio de la comunidad parroquial.

A los católicos afligidos por ansiedades, penas o sufrimientos de cualquier género, les aconseja que recen, que sintonicen algún programa católico en la televisión o el radio, que lean algún libro capaz de consolarlos, o que adquieran algún CD formativo. Les habla del amor de Dios, de la maternidad de María y de la Iglesia, con el deseo de animarlos y endulzar sus penas.

Lo mismo puede hacer con los acatólicos, en los frecuentes períodos de pena que agitan su vida. Sin embargo, el tema de religión se declara tabú. No se expresan más que sentimientos mundanos, críticas contra la Iglesia, publicidad amarillista de las faltas de sus ministros, pensamientos banales que no consuelan y nada consiguen.

Misiones Populares En Barriadas Aseñadas Por Sectas

Por el P. Flaviano Amatuli Valente

«Vayan por todo el mundo y prediquen mi Evangelio a toda creatura» (Mc 16,15).



Las misiones populares representan una respuesta más a la exigencia que la Iglesia está tomando acerca de su compromiso misionero, teniendo en cuenta de una manera especial el peligro en que viven las grandes masas populares, en busca del sentido de la vida, alejadas de las fuentes de la fe y acosadas por un sinfín de propuestas religiosas o pseudo religiosas.

La finalidad de una misión es dar inicio a un proceso de evangelización de las masas populares, mediante un contacto con toda la realidad parroquial, y la puesta en marcha de una serie de iniciativas que lleven a movilizar todas las fuerzas vivas de la parroquia en función de la misión.

Se trata en el fondo de ayudar a la comunidad parroquial a tomar conciencia de su compromiso misionero y a dar pasos en este sentido. No se trata de algo que empieza y se concluye con la misión popular. Se trata más bien de un nuevo estilo de Iglesia, una Iglesia en estado de misión permanente.

Misioneros:

Aparte de los Doce apóstoles, Jesús eligió a 72 discípulos para realizar alguna misión por un tiempo determinado, confiriéndoles grandes poderes en orden a su realización (Lc 10,1-20). Los misioneros que trabajen en este período intensivo de misión son sus continuadores.

Es preferible que trabajen fuera de su ambiente, pues «ningún profeta es bien recibido en su tierra» (Lc 4,24). Al tratarse de gente desconocida resulta más fácil fijarse en el contenido del anuncio, dejando a un lado los aspectos más humanos y personales, que pueden empañar o contradecir el papel del enviado de Dios.

El misionero debe ser gente con experiencia apostólica, que cuente con una cierta preparación en el campo bíblico y apologético. Esto es fundamental para evitar el peligro que se confunda y deprima frente a las quejas de los católicos resentidos o a los cuestionamientos de los grupos proselitistas.

Al mismo tiempo es oportuno que cada misionero capacitado sea acompañado por otro principiante, para que vaya aprendiendo. Normalmente este tiene que pertenecer al lugar en que se realiza la misión.

A raíz de la misión popular, van surgiendo los misioneros parroquiales, destinados a dar continuidad a la misión. En adelante hay que atenderlos para que se vayan preparando a tomar la batuta en la realización de este tipo de misión en su misma comunidad y en las comunidades vecinas, involucrando poco a poco a todas las fuerzas vivas de la comunidad.

Visitas domiciliarias:

Evangelizar de casa en casa es cumplir con la orden de Cristo de ir por todo el mundo a predicar el Evangelio a toda creatura (Mc 16,15), a ejemplo de los Apóstoles que «todos los días enseñaban y anunciaban en el templo y en las casas la Buena Nueva de Cristo Jesús» (Hch 5,42).

Mediante un diálogo personal, se mira a despertar la fe en los alejados. Se aprovecha para aclarar eventuales dudas y orientar hacia un encuentro personal con Dios mediante la oración. Para este primer contacto con la gente alejada, es muy importante saber escuchar.

Cuando alguien muestra cierto interés por lo espiritual, hay que sugerirle cómo dar pasos en su

camino hacia Dios, participando en alguna actividad de la parroquia, injertándose en algún grupo apostólico o recibiendo alguna orientación en su mismo domicilio por parte de los agentes de pastoral que van a dar seguimiento a la misión.

Las visitas deben ser graduales. Es por eso que proponemos llevarlas a cabo en tres niveles o etapas, cada uno de los cuales consta de cinco visitas con su tema correspondiente:

Primer nivel: Fundamentar la fe de los católicos

(Los temas se toman de F. Amatulli, La Iglesia católica y las sectas: preguntas y respuestas):

1. La verdadera Iglesia de Cristo (pag 5-14).
2. El Bautismo (pag 50-52).
3. La Jerarquía de la Iglesia (pag 15-20).
4. La Virgen María y los hermanos de Jesús (pag 69-70).
5. Las imágenes (pag 71-72).



Segundo nivel: Reflexión sobre el ser cristiano

(Los temas se toman de: F. Amatulli, Catecismo bíblico para adultos):

1. Lo que Dios ha hecho por nosotros (pag 3-7).
2. El hombre, rey de la creación (pag 5-19).
3. Jesucristo (pag 15-17).
4. Volver a Dios (pag 18-21).
5. Bienaventuranzas, el ideal cristiano (pag 43-47).

Tercer nivel: Conversión

(Los temas se toman del folleto «Siguiendo las huellas de Cristo»):

1. La vida en abundancia: Dios te ama (pag 13-18).
2. El pecado (pag 21-26).
3. La fe (pag 31-34).

4. El arrepentimiento (pag 41-54).

5. Aceptar y entregarse a Cristo (pag 79-84).

Todos los temas deben ser presentados como un anuncio, no como una explicación; añadiendo alguna experiencia de vida o testimonio personal.

Hay que tener cuidado de no presionar a las personas, ya que esto a veces obstaculiza nuestra labor. Lo primero que debe interesarnos es que la gente sea evangelizada, y como fruto de esto la gente aceptará lo demás. Esto es lo que queremos lograr

mediante el proceso que siguen las visitas.

Para cada visita realizada se debe anotar en una tarjeta especial: nombre(s) de la(s) persona(s) visitada(s), domicilio y tema; si es católica, indiferente, o de cuál secta. Así se pueden clasificar, y continuar el proceso de visiteo.

Durante las visitas o al finalizar el proceso del visiteo hay que invitar a las personas a integrarse en una pequeña comunidad cristiana, un tipo de comunidad presente en el lugar, o formar una Comunidad Palabra y Vida.

Impartición de Temas:

Se dan temas de conversión tipo Ejercicios Espirituales, en que se recalca el kerigma. O puede ser un breve curso bíblico. Puede darse para todos en un mismo lugar: adolescentes, jóvenes, adultos.

Convivencias:

Es lo más atractivo de la misión popular actual. Se trata de motivar hacia un nuevo tipo de vida, mediante el teatro, la declamación, el testimonio, la canción y distintos tipos de dinámicas. Así se afianza lo dicho en los temas, en un contexto de espontaneidad y alegría, pues el espíritu católico es esencialmente festivo.

ORACION

**Te bendecimos y te alabamos, Padre Dios,
porque, según el designio inefable de tu misericordia,
enviaste a tu Hijo al mundo,
para librar a los hombres, con la efusión de su Sangre,
de la cautividad del pecado,
y llenarlos con los dones del Espíritu Santo.**

**Él, después de haber vencido a la muerte,
antes de subir a tí, Padre santo, envió a los apóstoles
como dispensadores de su amor y su poder,
para que anunciaran al mundo entero
el Evangelio de la vida
y purificaran a los creyentes
con el baño del Bautismo salvador.**

**Dirige tu mirada bondadosa sobre los hijos tuyos que,
fortalecidos por el signo de la Cruz,
irán hasta los ambientes de los alejados
como mensajeros de salvación y de paz.**

**Con el poder de tu brazo, guía sus pasos,
 fortalécelos con la fuerza de tu gracia,
para que el cansancio no los venza.
Que sus palabras sean un eco de las palabras de Cristo
para que sus oyentes presten oído al Evangelio.**

**Dígnate, Padre, infundir en sus corazones el Espíritu Santo
para, hechos todo para todos,
atraigan a muchos hacia tí,
que te alaben sin cesar en tu santa Iglesia.
Por Jesucristo nuestro Señor.**

Amén